

EL ULTIMO DIA DEL UNIVERSO

Clark Carrados

CIENCIA FICCION

El último día del universo

Clark Carrados

La Conquista del Espacio/446

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre, que vestía larga túnica de color vino y calzaba sandalias, portaba en la mano izquierda un largo báculo de nudosa madera y, en la derecha, un instrumento que casaba muy poco con su indumentaria bíblica. El altavoz eléctrico no parecía muy propio de aquel patriarca de luenga barba canosa y abundante cabellera casi blanca. De no haber sido por el citado megáfono, cualquiera habría creído ver en el hombre a uno de los profetas que recorrían los polvorientos caminos de la Judea, anunciando mil castigos divinos para los que incumpliesen las leyes de Moisés.

Pero Whiteville (Villablanca) no era precisamente una sucia aldea de Galilea o Samaria, con gallinas, perros, cerdos y asnos sueltos por las calles rebosantes de moscas. Si de algo se enorgullecían los vecinos de Whiteville era de la limpieza y pulcritud de su población, en la que, salvo unos pocos edificios, las demás casas eran de una sola planta y unifamiliares. Había abundancia de árboles y jardines, estaba rodeada de un paisaje precioso, un río truchero pasaba a menos de dos millas y, finalmente, todos se conocían, eran amigos cuando no parientes, y las discusiones y disputas eran muy poco frecuentes.

Pero los habitantes de Whiteville eran corteses y liberales y ninguno de ellos provocó al supuesto profeta cuando empezó a atronar la atmósfera de la población con un megáfono:

—¡Arrepentíos, pecadores, pues el fin del universo está muy cerca! Dejad las cosas mundanas y concentraros en la oración. Abandonad vuestros ropajes, vestíos de cilicio, cubrid de ceniza vuestras cabezas, pues el fin del universo está próximo. Una luz roja se verá en él cielo y señalará el final de todo lo creado. Los hombres y las bestias perecerán en el holocausto final... y sólo se salvarán los que se hayan armado con la fuerza de la oración. ¡Arrepentíos, pecadores; la ira del Señor ha marcado por fin el acabamiento de todo lo que existe sobre la faz de la Tierra! ¡Arrepentíos, rezad, rezad, y seréis gratos a los ojos del Todopoderoso! ¡Arrepentíos!

El profeta siguió así durante un buen rato, mientras cruzaba la población de principio a fin. Luego se alejó y volvió la tranquilidad a Whiteville. Sin embargo, nadie vio que el profeta, al cabo de unos

cientos de metros, se metía por un sendero lateral, adentrándose en el bosque, hasta llegar al punto donde aguardaban varios individuos.
—¿Cómo va la cosa? —preguntó uno de los que esperaban.
Él profeta se quitó la peluca y la barba.
—Bien —respondió—. Un par de sesiones y los tendremos blandos. Vosotros, supongo, habréis preparado todo.
—Lo estamos ultimando. No te preocupes.
—Está bien. Descansaré un rato. Luego volveré a pasearme por el pueblo. Incluso es posible que les largue un sermón.
El profeta se echó a reír.
—Para esos paletos, cuando nos hayamos ido, será de verdad el fin del universo —agregó burlonamente.

* * *

Agazapado en la zanja, tocado con casco y uniforme de campaña, Ronnie Heys maldecía el momento en que se le ocurrió aceptar la invitación de su amigo Peter Marston.
Peter Marston pertenecía a la SAUCAFA, iniciales cuyo significado era: Sociedad de Amigos y Usuarios de Cañones y Armas de Fuego Antiguas. En aquellos instantes, a Heys los miembros de SAUCAFA le parecían más chiflados que nunca.
Los componentes de aquella extraordinaria asociación eran todos poseedores, individual o conjuntamente, por pequeños grupos, de cañones de todos los tipos y calibres. En general, eran pequeños grupos, cinco o seis, ya que resultaba difícil manejar una pieza por un solo hombre, a menos que se tratase de un 20mm., de acción automática. Pero los poseedores de un arma de calibre más diminuto eran mirados con desdén por los demás y, generalmente, no intervenían en sus reuniones. Estaban pensando en fundar una asociación independiente para pequeños calibres, hasta 40mm., aunque, por el momento, no se había llegado a ningún resultado práctico.
La verdadera aristocracia de la asociación estaba compuesta por los miembros que poseían cañones de grandes calibres o que se habían hecho famosos en los conflictos bélicos de épocas pasadas. Entre las armas más distinguidas figuraban el 75 francés, de la guerra del 14, los 105 y 153, el 88 alemán de la guerra del 39-45, los Howitzer británicos... y, naturalmente, no faltaban tampoco los orgullosos poseedores de cañones de 175 y 203mm. de calibre y hasta había un grupo que poseía un 381 Vickers. Había también un par de morteros de 260mm. de calibre; pero los cohetes estaban prohibidos y por supuesto las ametralladoras ligeras.
El grupo de Marston era poseedor de dos piezas Schneider, calibre 75, de la guerra del 14. Heys había asistido estupefacto a la llegada de los artilleros, con los tiros de seis caballos, que arrastraban a la vez el armón y la pieza: la entrada en posición de los cañones, los jinetes que se llevaban los caballos a una vaguada próxima... todo, tal como había podido presenciar en películas que reproducían batallas del siglo pasado. Marston, muy orgulloso de su cargo de jefe de la media batería, estaba en el observatorio de tiro, detrás del anteojo de antena, que le permitía ver el campo enemigo
Desde el observatorio, Marston facilitaba los datos de tiro a los artilleros, que actuaban llenos de entusiasmo. El aire estaba lleno de estampidos y silbidos de proyectiles de todos los calibres. Porque aquellos chiflados se combatían con granadas y obuses auténticos, que explotaban fragorosamente por todas partes.
Heys había acudido al campo de tiro con la mejor buena fe, creyendo

que todo iba a consistir en presenciar unos ejercicios de puntería. Pero lo que sucedía allí era absolutamente real.
—¡Fuego, fuego! —gritaba Marston entusiasmado hasta el paroxismo, después de facilitar los datos de tiro a sus artilleros—. Así, muy bien, hijos míos... ¡Blanco, blanco directo! ¡Hemos alcanzado un depósito de municiones! Les estamos pegando duro a los muy bastardos...
La detonación hizo creer a Heys que se iba a hundir el mundo o que se partía en dos mitades. Olvidando sus precauciones, asomó la cabeza un poco y vio a lo lejos una enorme columna de humo negro.
Algo silbó horriblemente. Delante de él, a cincuenta pasos, se elevó un tremendo cono de humo y tierra.
—Maldición, nos tiran con un 203 —gritó Marston.
—Están locos, locos —dijo Ronnie Heys.
Detrás de él, a un kilómetro, dos piezas de 155 rugían con el intervalo justo para la carga. Algo parecido a un tren expreso silbó sobre su cabeza.
—Es un 381 —identificó Marston—. O un quince pulgadas, como prefieras, Ronnie.
—Yo no prefiero nada —contestó el joven, tendido en el fondo de la zanja.
La granada de 381 mm. explotó justo en el centro de las piezas de 155. Hubo una serie de estallidos colosales, un relámpago en rojo, azul y amarillo y un montón de cuerpos despedazados que volaban por los aires.
Pero Marston había localizado ya el emplazamiento de la gigantesca pieza, situada a algo menos de cuatro kilómetros de distancia. Facilitó los nuevos datos de tiro y ordenó:
—¡Fuego en salva rápida!
Bien manejados, los 75 podían hacer veinte disparos por minuto. En sesenta segundos, cuarenta proyectiles cayeron en el emplazamiento del 381. Todos sus artilleros resultaron fuera de combate. De repente, se oyó una apocalíptica explosión.
—¡Le hemos metido una granada por la boca! —gritó Marston, exultante de júbilo.
De pronto, un cohete que dejaba una estela de color verdoso, subió a las alturas.
—¡Basta! —dijo Marston—. ¡Han ordenado alto el fuego!
El estruendo cesó. El viento arrastró el humo de los disparos. Heys se incorporó y paseó la mirada por los alrededores.
Los equipos médicos corrían de un lado para otro para atender a los heridos. Heys, tembloroso todavía, se puso un cigarrillo en la boca.
Aquello era, se dijo, el producto de una civilización altamente tecnificada. El resultado de mucho tiempo para el ocio. La gente no sabía qué hacer con tanto tiempo libre y buscaban toda clase de

distracciones. Las bajas, muertos y heridos, no contaban. Nadie se preocupaba porque hubiesen muerto dos docenas de personas y treinta o cuarenta quedasen heridas en diversos grados, incluso con horribles mutilaciones. Los que perdían algún miembro irían al hospital, donde se les injertaría uno nuevo. Pero se habían divertido en grande.

—Ahora vendrá el banquete y la entrega de premios —exclamó Marston, rebosante de júbilo—. Estoy seguro de que hemos ganado esta vez; no siempre se tiene la suerte de destruir una pieza de 381.

Alguien llamó por radio. Marston atendió la llamada Luego lanzó un terrible alarido.

—¡Hemos ganado, muchachos! El jurado nos otorga ja victoria.

Los artilleros tiraron sus cascos al aire, en señal de júbilo. Marston se volvió hacia su amigo.

—Tienes que venir con nosotros, Ronnie. Te presentaré a la Junta Directiva. Nuestro grupo avalará tu solicitud de ingreso...

—Ni lo sueñes, Peter —contestó el joven—. Lo último que haría en este mundo es ingresar en el CCS.

—¿Qué quiere decir eso, Ronnie? —preguntó Marston, extrañado.

—Club de Chiflados Sanguinarios. Comprendo perfectamente que tengáis ganas de divertiros disparando vuestros cañoncitos; incluso; me doy cuenta que no os importa que un proyectil os eche las tripas fuera.... pero esto no es precisamente lo que yo considero como diversión. re deseo mucha suerte para la próxima ocasión. Adiós. Peter.

Marston se encogió de hombros. —Está bien, si te lo tomas así...

Heys ya no dijo nada. Dejó caer el casco en las manos de su amigo, saltó fuera de la trinchera y echó a andar.

—¡Eh, has venido con nosotros! —gritó Marston—. No tienes vehículo, Ronnie.

Heys se volvió un instante.

—Gracias a Dios, tengo dos magníficos pies que espero que me duren muchos, muchísimos años.

Un poco más adelante, vio unos pingajos sanguinolentos en torno a un embudo. Casi estuvo a punto de vomitar.

—Este mundo es un asco —gruñó—. Alguien debiera hacerlo reventar como un petardo de feria.

* * *

Los habitantes de Whiteville estaban aterrados. Habían visto la luz roja en el cielo. Ruidos ensordecedores habían llegado de todas partes. En el centro del pueblo, el profeta clamaba sobre el final del mundo.

—Es preciso que nos congreguemos para orar, hermanos —dijo—.

Acudid todos al centro cívico. Que los que estén sanos lleven a los enfermos. Todos, todos deben concentrarse allí, para acoger con calma y resignación la llegada de nuestro último instante...
Hombres, mujeres, niños, ancianos, sanos y enfermos, todos salían de sus casas y rezaban y gritaban clamando piedad y perdón para los pecados. Bajo la barba, el profeta reía para sus adentros.
La luz roja, deslumbrante a pesar de su color, oscilaba como si fuese un sol en llamas que fuese a caer de un momento a otro sobre la tierra. El cielo, sin embargo, estaba espesamente nublado. Había una atmósfera densa, caliginosa... El calor abrumaba, mientras los ruidos hacían retemblar los vidrios de las ventanas.
Poco a poco, los seiscientos veintisiete habitantes de Whiteville fueron, reuniéndose en el centro cívico. Ninguno de ellos, sin embargo, supo advertir la diminuta emisora que el profeta llevaba bajo la barba.
Un cuarto de hora más tarde, el bíblico barbudo murmuró:
—Profeta a discípulos, adelante. Seguiré con mis sermones. Informad del fin de la operación.
—Enterado —contestó alguien.
—¡Cerrad las ventanas, hermanos! —pidió el profeta—. Aquí en la seguridad de la que ahora es casa de oración, suplicaremos al Señor el perdón de nuestros pecados.

CAPÍTULO II

Pilotando el último modelo «Neocadillac», Ronnie Heys se dirigía sin rumbo fijo, deseoso de olvidar las terribles imágenes que había contemplado la víspera. El «Neocadillac» carecía de ruedas y se mantenía a pocos centímetros del suelo por repulsión electromagnética. Aunque tenía programador de rutas, Heys prefería la conducción manual.
El coche se movía sin prisas, a menos de cincuenta kilómetros a la hora. Heys se entretenía en contemplar el paisaje, muy agradable por cierto. A lo lejos, entre unas lomas verdes, se veían las casas, blancas y rojas, de una población.
El camino hacía una curva pronunciada. Al salir vio a un hombre que estaba acuclillado junto a una hoguera. Al lado del individuo vio unas tablas en las que había algunas letras negras.
Heys frunció el ceño. Paró el coche. Las patas sustentadoras se desplegaron automática mente. Echó la capota transparente a un lado y saltó fuera de la carretera.
—¡Eh, amigo!
El hombre, un tipo desastrado, con barba de varios días, le miró sin abandonar su postura.

—Voy a freír unas truchas —anunció—. Venga y se comerá una...
—Para freír esas truchas está empleando un anuncio de CARRETERA EN OBRAS —dijo el joven, severamente. ¿Tiene ganas de que alguien se rompa la crisma? Todavía se usan mucho los coches con ruedas...
El vagabundo se echó a reír.
—Es un timo, amigo —contestó—. La carretera se halla en perfecto estado. Algún bromista puso el cartel por su cuenta, ¿sabe?
—¿Está seguro?
—Segurísimo, hombre. Vaya a esa loma —la señaló con la mano—. Desde allí podrá ver el tramo de carretera que le queda hasta Whiteville.
—Bueno, siendo así... Pero ¿quién diablos ha podido hacer eso? —se extrañó Heys.
El vagabundo se encogió de hombros.
—No lo sé, ni me importa —contestó—. ¿Qué, no le apetece una trucha?
Ronnie vaciló. El olor que llegaba de la sartén era exquisito. Un poco más allá, se veía el río, corriendo entre los árboles. ¿Qué prisa tenía?, se dijo.
Bajó la pequeña pendiente se acuclilló junto al supuesto vagabundo.
—Me llamo Heys, Ronnie Heys —se presentó—. Puede llamarme Ronnie.
—Jake Willows —dijo el otro—. No me trates de señor, ni cosa por el estilo.
—De acuerdo, Jake.
En aquel momento, Ronnie se percató de que su inesperado anfitrión no era tan viejo como parecía. Era cierto que había algunas canas en la barba, pero la cara aparecía sin arrugas, salvo unas muy poco marcadas en la comisura de los ojos. Era de mediana estatura y robusta complexión. El nombre, sin saber por qué, le pareció conocido.
—Bien, Ronnie, ¿qué es lo que haces por aquí? —preguntó Willows, después de dar la vuelta a tres hermosas truchas.
—No sé. Estoy de vacaciones... Tengo un año sabático, ¿sabe?
—Ah, si, un año entero de vacaciones después de seis de trabajo en la Universidad. ¿Cuál es tu especialidad, Ronnie?
—Historia.
—Una bonita profesión —comentó Willows. Pero no quiso decir nada de sí mismo y Ronnie no se atrevió a preguntarle a este respecto.
Un coche pasó en aquel momento por la carretera situada a cuarenta metros de distancia. La conductora miró un instante a los dos sujetos que estaban junto a la hoguera y siguió sin refrenar siquiera la marcha de su vehículo.

* * *

—¡Orad, hermanos, orad! —clamaba el profeta. Cientos de cabezas se inclinaron reverentemente. El profeta, inclinado también murmuró:
—Profeta a discípulos. ¿Cómo va eso? Alguien contestó:
—Nos faltan menos de cinco minutos para abrir la cámara acorazada. Sigue, profeta.
—Estamos reuniendo todos los objetos de valor de las casas — informó otro de los discípulos.
—Muy bien, chicos.
El profeta se irguió y extendió los brazos, para lanzar una de sus inflamadas peroratas.
—Hermanos...
Pero fue todo lo que dijo. Su boca se abrió desmesuradamente, lo mismo que los ojos. Extrañados, los habitantes de Whiteville le contemplaron unos momentos. Luego poco a poco, uno a uno primero y en grupos después, empezaron a volver las cabezas.
Una mujer lanzó un terrible chillido. Otra se desmayó. Sonaron llantos de niño.
Alguien dijo:
—Es cierto, es el último día del mundo.
El profeta seguía en la misma postura, completamente petrificado por el asombro. Y tenía motivos para sentirse estupefacto. .
La pared entera, situada frente al profeta, había desaparecido por completo. Al otro lado, se divisaba un enorme círculo negro, de más de diez metros de diámetro. Pero en el centro se veía un disco amarillento, casi blanco, que despedía un extraño resplandor.
—¡Venid! —llamó una voz que pareció provenir de todas partes al mismo tiempo—. Seguidme y salvaréis vuestras vidas. Caminad hacia el túnel, es vuestra salvación...
Los gritos se apagaron y los llantos cesaron. Silenciosa y disciplinada, la masa de hombres y mujeres se puso en marcha hacia el túnel.
El profeta salió de su inmovilidad y corrió hacia la puerta. Salió a la calle y se detuvo, nuevamente atónito por el singular espectáculo que se le ofrecía a la vista.
¿Qué había pasado allí?, se preguntó.
Ya no había ruidos ni luces rojas en el cielo. Todos sus discípulos, con las manos en alto, caminaban hacia el Centro Cívico, flanqueados por soldados uniformados que empuñaban algo parecido a unos fusiles diseñados por algún dibujante futurista.
El uniforme era metálico por completo, aunque daba la sensación de ser muy liviano. Los rostros de los soldados estaban cubiertos por sendas máscaras del mismo material. Eran unos cascos cilíndricos, con .la parte superior casi plana, de la que sobresalía una diminuta

antena en forma de rombo. No se veían insignias ni divisas en los uniformes. Los soldados no despegaban los labios, pero la amenaza de sus armas era más que suficiente para que los asaltantes del pueblo se hubiesen rendido en el acto.
—Profeta, ¿qué diablos es esto? —preguntó uno de los discípulos.
—Estábamos seguros de que nadie nos interrumpiría—dijo otro.
—¿No se habrá producido algún chivatazo? —añadió un tercero.
—.s juro que estoy tan desconcertado como vosotros —respondió el profeta—. Habíamos conseguido embaucar a toda la población.
—Sigan, entren en el edificio y continúen caminando hasta nueva orden —exclamó alguien, con voz autoritaria—. Obedezcan y no recibirán el menor daño. Sólo queremos salvarles la vida, del inminente fin del uníverso.
—¡Atiza! ¿Va a resultar que el profeta anunciaba la verdad? —exclamó, pasmado, uno de los ladrones.
El nombre del profeta era Hurst Davis. Davis no tenía la menor idea de lo que estaba sucediendo, pero después de haber visto lo ocurrido en el Centro Cívico empezó a creer que, después de todo, no era tan mal profeta como algunos escépticos creían.

* * *

—Hacia tiempo que no probaba nada tan exquisito —dijo Heys, sonriendo satisfecho.
—El hambre, muchacho —contestó Willows, jovialmente—. Ahora, un poco de café y como nuevo.
De pronto, se oyó un grito arriba, en el borde de la carretera.
—¡Eh!
Heys y Willows volvieron la cabeza a un tiempo. Había una chica que agitaba su mano, haciéndoles señales que no comprendían.
Heys se puso en pie.
—¿Sucede algo, señorita? —preguntó.
Ella echó a correr por el talud. Heys apreció que era una muchacha muy bonita, de pelo negro y figura sumamente atractiva.
—No se puede pasar a Whiteville —dijo ella. Heys se echó a reír.
—El rótulo de OBRAS EN LA CARRETERA es una broma —dijo—. ¿No es así, Jake?
Willows se puso en pie y se quitó el mugriento sombrero para saludar a la joven.
—Así es —contestó—. Yo mismo he tenido el gusto de usar las tablas de ese rótulo para freír las truchas de nuestro almuerzo. Pero venga aquí y tomará un poco de café con nosotros.
—Creo que están equivocados —manifestó la joven—. Yo no he hablado para nada de un aviso de obras. El camino está completamente despejado, pero, simplemente, no se puede pasar.

Willows hizo un gesto de incomprensión.
—Seguro —dijo—. Ronnie, lo mejor será empezar por las presentaciones.
—Sí, Jake.
Heys presentó a Willows y éste al joven. Entonces la chica pronunció su nombre:
—Kitty Brenn... —De súbito, exclamó—: Oiga, ¿no es usted el famoso profesor Willows?
—Profesor, lo soy, en efecto, pero eso de famoso ya es más discutible, señorita —rió el interpelado.
Heys chasqueó los dedos. .
—Claro, de algo me sonaba el nombre —exclamó—.
Jake, tú eres astrofísica o cosa así... Y hace algunas semanas, te hicieron una entrevista en la televisión... Hablaste algo de mundos paralelos...
—Es una teoría tan sólo, Ronnie.
—Tenías otro aspecto entonces.
—Estaba afeitado y vestía de persona —rió Willows.
— Y luego fue cuando decidiste que no valía la pena seguir explicando astrofísica a sujetos que pueden aprender las lecciones durante el sueño.
—Este mundo da asco. Todo lo tenemos hecho, basta apretar un botón para conseguir cualquier cosa.
Kitty se puso en jarras.
—Caballeros, por favor, dejen de chismorrear como comadres en el mercado y atiéndanme. No se puede pasar a Whiteville.
—Bueno, iremos a otro sitio —contestó Willows, indiferente.
—A mí lo mismo me da —dijo Heys.
—¡Pero yo quiero ir a Whiteville! —chilló Kitty.
—Nosotros no le lo impedimos —sonrió el joven.
El pie derecho de Kitty golpeó el suelo herboso.
—No me han entendido bien...
Willows le entregó Un pote humeante.
—Kitty, calma tus nervios —dijo—. Si tanto insiste, iremos contigo a ver qué pasa. Pero si no se puede seguir adelante, no sé qué podemos hacer nosotros.
Ella se mordió los labios.
—Ha sucedido algo muy extraño —manifestó, entre sorbo y sorbo de café—. Yo me encontraba a unos quinientos metros de Whiteville, cuando, de pronto, mi coche empezó a perder velocidad. Aunque es viejo, el motor está en perfectas condiciones; ayer mismo le hicieron una revisión a fondo. Bueno, como decía, empezó a perder velocidad... hasta que, de pronto, se paró. El motor, sin embargo, seguía funcionando... y yo no podía avanzar un solo paso. Frunció el

ceño.
—Parecía como si una pared invisible, elástica, pero irrompible, cortase la carretera en aquel punto. Retrocedí treinta metros; el coche seguía funcionando y lo detuve. Entonces, me bajé, caminé a pie... y la pared seguía estando allí.
Heys y Willows cambiaron una mirada. El joven dijo:
—Podríamos echar un vistazo, Jake.
—Muy bien, Ronnie.
Willows empezó a recoger sus trabajos. Kitty respiró profundamente. Sus pechos, jóvenes y rotundos abombaron la tela de la blusa que vestía.
—Te ayudaré a fregar los cacharros, Jake —dijo.
—Gracias, Kitty. Tú me conocías... ¿de qué? —quiso saber Willows.
—Estoy en el segundo curso de astrofísica.
—No vas a mi clase, supongo.
—No. —Kitty se ruborizó—. Uso casi siempre la cinta hipnótica.
—¡Qué aberración! —se escandalizó Willows—. Aprender durante el sueño... Eso es lo mismo que alimentarse con píldoras.
—No es tan malo, Jake —alegó ella.
—Claro, con la hipnopedia se aprende de la misma forma que el cuerpo recibe de las píldoras. Pero aunque me esté mal él decirlo y no quiera referirme a mí precisamente, donde esté la enseñanza de un buen profesor, que se quiten todas las cintas de enseñanza durante el sueño.
—Y donde esté una buena sartén con truchas, que se quiten todas las píldoras —rió Heys.
Kitty arrugó la nariz.
—Eso es cuestión de opiniones, Ronnie.
—Y de gustos, dicho en el sentido estricto de la palabra.
—Bueno, todo está listo —exclamó Willows. Colgó una bolsa del hombro y empezó a subir por el talud ¿Qué coche empleamos? —preguntó.
—El mío —decidió Kitty.
—Podéis ir delante. Yo os seguiré en el mío.
Willows silbó.
—Vaya cacharro, Ronnie. ¿Eres un potentado?
—He ahorrado durante seis años —contestó el joven.
—Merecía la pena, desde luego —convino Willows—. Vamos, Kitty.
Los dos vehículos se pusieron en marcha inmediatamente. Kitty conducía pausadamente, sin prisas, a una velocidad no superior a los cuarenta kilómetros por hora. El camino serpenteaba en suave pendiente, alejándose del río, que ahora quedaba hacia el Sur. Unos quinientos metros más adelante se acababan las curvas y empezaba una recta que conducía sin más obstáculos al pueblo.

Así, sin prisas, fueron moviéndose, hasta alcanzar las primeras casas de Whiteville.

CAPÍTULO III

Kitty paró su coche y se apeó, claramente desconcertada.
—No lo entiendo —dijo.
Willows se bajó también. Sacó su vieja pipa y empezó a cargarla.
—Hasta ahora, no nos hemos tropezado con ningún obstáculo —manifestó calmosamente.
Kitty señaló con la mano un grupo de robles, situado a unos doscientos metros de distancia. —Allí —dijo.
—Pero ya lo hemos pasado. Nada nos ha detenido.
Heys se acercó a ellos.
—¿Qué sucede? ¿No se puede seguir adelante?
—Ya hemos rebasado el punto donde encontró Kitty su obstáculo —respondió Willows—. Es allí, Ronnie.
El joven volvió la cabeza un momento.
—No he notado nada —declaró—. Kitty, ¿estás segura de que...?
—¡Claro que estoy segura! Y tengo mis facultades mentales en perfecto estado. No he padecido ninguna alucinación, si es a eso a lo que te quieres referir.
—Bueno, bueno, yo he querido decir...
Heys se calló repentinamente.
Frunció el ceño. Willows le miró intrigado.
—¿Qué le pasa, Ronnie?
Heys señaló hacia el pueblo.
—Eso —dijo—. No se ve un alma por la calle, ni un chiquillo corriendo, ni hay mujeres en el porche de sus casas...
Kitty se volvió y puso una mano en su boca.
—¡Dios mío! ¿Qué ha ocurrido aquí? ¿Dónde está toda la gente de Whiteville?
Willows mordió la pipa con fuerza.
—Es verdaderamente extraño —convino—. Pero quizá estén celebrando un acto y todos los vecinos se hayan congregado en alguna parte. Puede que se trate de una fiesta particular de este pueblo.
—No, hoy no es día de fiesta en Whiteville —dijo Kitty, con firmeza.
—¿Cómo lo sabes? —preguntó Heys.
—He vivido aquí anteriormente. Precisamente venía a visitar a una tía, el único pariente que me queda.
Heys echó a andar.
—Bueno, vamos a casa de tu tía. Quizá ella pueda decimos algo.
Kitty asintió. Flanqueada por los dos hombres, caminó a lo largo de la

carretera que era, al mismo tiempo, calle mayor, y casi única de la pequeña población. Heys empezó a darse cuenta de que había muchas puertas abiertas y que no se veía a nadie en el interior de las casas.
De pronto, Kitty echó a correr hacia una casa con jardín, rodeada por una pequeña valla de madera, pintada de blanco.
—¡Tía Sara! —gritó.
La muchacha subió al porche y abrió la puerta. Nuevamente volvió a repetir la llamada. Heys y Willows, intrigados, la siguieron hasta el interior del edificio.
Kitty asomó a los pocos momentos por la barandilla de la escalera que conducía al piso superior.
—¡No está! ¡No hay nadie en la casa! —exclamó. Fue entonces cuando Heys vio una silla volcada en el suelo y un cuadro torcido en una de las paredes. Allí había sucedido algo y no bueno, pensó.
De repente, sonó un chillido en el piso superior.
Alarmado, el joven echó a correr escaleras arriba. Cuando llegaba al rellano, se tropezó con la muchacha.
—¿Qué has visto? —preguntó.
Kitty tendió la mano hacia el interior de un dormitorio. Había una consola, con los cajones fuera y las ropas esparcidas por el suelo.
—Faltan las joyas —dijo.
—¿Eran de valor? —preguntó Willows, que había llegado en aquel momento.
—Tenía un hermoso collar de perlas, un par de sortijas y un medallón de oro, adornado con rubíes y diamantes... No veo ninguna de las joyas —contestó Kitty, profundamente preocupada.
—Habrá salido de viaje —supuso Heys.
—Ayer hablé con ella por teléfono y dijo que me esperaría. No tenía intención de viajar a ninguna parte, Ronnie.
Willows se rascó el cogote.
—Cada vez entiendo menos esto —dijo—. Os voy a proponer una cosa, muchachos.
Ronnie y Kitty le miraron interesadamente.
—El pueblo parece desierto —continuó Willows—.
Hemos visto muchas puertas abiertas, lo que indica que la gente, por lo menos en su gran mayoría, está fuera. Vamos a separamos y a explorar las casas. No pueden haberse marchado todos; alguno habrá quedado..., los enfermos, por ejemplo; el jefe de Policía...
—Sólo había un alguacil —informó Kitty.
—Bueno, alguien ha tenido que quedar a la fuerza.
Un pueblo no se abandona nunca en su totalidad. Algo extraño ha sucedido, puesto que no se han ido de picnic a alguna pradera junto al río. Por tanto, cuanto antes empecemos a explorar, antes tendremos

una respuesta para este enigma.
—De acuerdo —accedió la chica—. Nos reuniremos dentro de treinta minutos frente al City Hall.
Reinaba un silencio impresionante. Heys advirtió otra cosa muy extraña. ¿Dónde estaban los animales domésticos? ¿Era que nadie tenía perros y gatos? ¿No había algún canario en una jaula? ¿Porqué no se veía siquiera una paloma, ave que siempre vivía en lugares donde había aglomeraciones humanas?
En sus exploraciones, vio un par de casetas de perro, vacías. Las casas, apreció, ofrecían claras muestras de saqueo, si bien los ladrones sólo habían elegido joyas y objetos de valor fácilmente transportables. De pronto, vio el Banco.
Cruzó el umbral. Al fondo, divisó una puerta abierta de par en par. Avanzó unos pasos más, salvó el mostrador y se acercó a la puerta. Sonrió amargamente, alguien había aprovechado la ocasión para hacer una buena limpieza de la cámara acorazada. Lo que había allí eran documentos y valores, así como un par de saquetes, que contenían moneda metálica. Pero no quedaba ni un solo billete.
Volvió a la calle. En la siguiente casa, encontró una escopeta. Estaba cargada, pero, por precaución, buscó por todas partes, hasta encontrar cartuchos de repuesto, La carga era de perdigones finos propia para animales pequeños, pero también podía hacer daño a las personas, si el arma se disparaba desde muy cerca.
Consultó su reloj. Había llegado el momento de reunirse con sus compañeros.
Willows apareció por el extremo opuesto. Kitty salió de una casa situada frente al City Hall.
La chica estaba pálida.
—No queda una sola persona en el pueblo —exclamó.
Willows buscó un fósforo y prendió el tabaco de la pipa.
—Sin embargo, he visto coches. Se ven coches y bicicletas pero ni una sola persona. Parece como si se hubiese producido un fenómeno de pánico total y colectivo y simultáneo, por supuesto.
—Ese pánico ha afectado también a los animales domésticos —.bservó Heys—. No he visto perros, gatos, canarios... Nada, en fin.
Kitty se mordió los labios. Estaba a punto de echarse a llorar.
—Pero ¿qué ha pasado aquí, Dios mío? —gimió.
De pronto, Heys señaló con la mano un edificio de grandes dimensiones, situado a poca distancia del City Hall. Sobre el frontispicio se leía una inscripción:

WHITEVILLE CIVIC CENTER

—¿Habéis estado ahí? —preguntó.
—No —contestó Willows—. ¿Kitty?

Ella negó con la cabeza. Heys echó a andar hacia el Centro Cívico, que supuso lugar para reuniones de los ciudadanos de Whiteville y en donde, seguramente, también se celebraban conciertos y funciones de teatro. Kitty y el profesor le siguieron en el acto.
Ahora, Heys se sentía ya muy alarmado y tenía la escopeta preparada. Sin saber por qué, pensó en su amigo Peter Marston. Le hubiera gustado tenerlo al lado, con su pelotón de artilleros y las dos piezas de 75.
Al llegar a la puerta, escuchó un momento. Luego, con la mano izquierda, abrió, empujó de golpe y se situó a un lado, el dedo sobre los gatillos de la escopeta.
Lentamente asomó la cabeza. Sus ojos se dilataron al contemplar el increíble espectáculo.
—¡Rayos! —exclamó, sin poder contenerse.
Willows lanzó una explosiva interjección. Kitty se tambaleó.
Heys no daba crédito a sus ojos. ¡Faltaba por completo la pared del fondo, todo un muro de doce metros de alto por casi treinta de ancho!
Al otro lado del enorme hueco se divisaba el campo libre. Pero no se advertía el menor rastro de personas ni de animales de ninguna clase.
Abrumada, Kitty se dejó caer sobre uno de los escalones y ocultó la cara entre las manos.
—No entiendo qué demonios ha podido concurrir —dijo Willows, tremendamente desconcertado—. No hay, por otra parte, signos de una huida precipitada. Hay muchos vehículos abandonados, pero no veo cosas tiradas por el suelo, bolsos, maletines, prendas que se caen al escapar precipitadamente a todo correr...
Heys reaccionó y se volvió hacia la muchacha. —¡Kitty!
Ella hizo un esfuerzo y se puso en pie, con un pañuelo en la mano para sorber la nariz.
—Dime, Ronnie.
—En Whiteville debe de haber una central telefónica, también una estafeta de telégrafos... Aparte de los teléfonos particulares claro.
—Sí, desde luego. Ven, te enseñaré...
La chica se interrumpió repentinamente. En alguna parte, no lejos de aquel lugar, se oía una voz humana.
Parecía una mujer y, sorprendentemente, cantaba una vieja melodía.
Willows echó a andar hacia el lugar donde se percibía la voz, pero Heys le detuvo con un brusco ademán.

—¡Quieto! —dijo—. No sabemos lo que pasa en Whiteville, excepto que no hay nadie y que las casas han sido saqueadas, lo mismo que el Banco. Hemos de actuar con precaución, ¿comprendes?

Willows asintió. En el profundo silencio que reinaba, el menor sonido se propagaba a gran distancia. La voz se escuchaba a no menos de ochenta o noventa metros.
"Esa mujer parece muy contenta”, pensó Heys, mientras se orientaba por el ruido de su voz .
No tardó en localizar la casa. Como la inmensa mayoría, era de una planta y piso superior y estaba rodeada por un jardín. La mujer cantaba en el lado opuesto. Lentamente, dio la vuelta y se acercó a una ventana que, aun abierta, tenía las cortinas corridas. Al llegar a la ventana, apartó ligeramente las cortinas y entonces presenció un singular espectáculo.
Ella salía en aquel momento de la bañera. Era una mujer hermosa, de redondos pechos y cuerpo exuberante. El pelo era de color rubio dorado y aparentaba unos treinta y cinco años. Ajena a la observación de que era objeto, buscó una toalla y empezó a secarse:
Heys no quiso que ella se enterase de que la había visto desnuda y se volvió de espaldas, aunque sin separarse de la pared.
—Señora —llamó.
Dentro de la casa se oyó un grito de sorpresa.
—¿Quién es? ¿Qué hace ahí? —exclamó la mujer.
—Señora, no tengo intención de hacerle el menor daño —manifestó el joven—. Pero ocurre algo muy raro en Whiteville y...
La cabeza de la mujer, que ya se había puesto una bata, asomó a través del hueco. Vio a Heys con la escopeta y lanzó un chillido.
—Señora, por' favor, no tema —exclamó el joven—. En Whiteville pasa algo raro; no hay una sola persona.
—¿Que no hay nadie? —dijo ella desde el interior.
—Así es. Mis compañeros y yo hemos llegado al pueblo y lo hemos encontrado desierto. La gente se ha marchado, abandonando todas sus cosas, aunque hemos observado claros síntomas de saqueo. El Banco ha sido asaltado y la cámara acorazada está vacía.
—¡Oh, no, no puede ser... !
—Le juro que es la verdad, señora. Yo soy Ronnie Heys y conmigo están el profesor Willows y una chica que vivía aquí, Kitty Brenn.
—La conozco —dijo ella—. Yo soy Judith Stone. Vaya por la parte delantera, señor Heys.
—Sí, señora Stone.
Ronnie dio la vuelta en sentido inverso. Willows y Kitty estaban mirándole desde el otro lado de la calle y les hizo una señal con la mano, para que se acercasen. En aquel momento, se abrió la puerta delantera de la casa.
—¡Señora Stone! —gritó la chica.
—¡Kitty! Pero ¿qué haces aquí? —exclamó la mujer.
Kitty echó a correr.

—Ha ocurrido algo espantoso —dijo, terriblemente acongojada—. No hay nadie en Whiteville, ni siquiera han quedado los animales domésticos. No sabemos que ha pasado.
De pronto, la señora Stone vio a Willows y frunció el ceño.
—No sabía que te gustase viajar en compañía de vagabundos —dijo.
—Es el profesor Willows —intervino Heys—. No le juzgue por su aspecto, señora Stone.
Ella se volvió hacia el joven.
—De modo que no hay nadie en el pueblo —dijo.
—No, señora. En estos momentos, nosotros cuatro somos los únicos habitantes de Whiteville.

CAPÍTULO IV

La señora Stone tendió una mano a Willows.
—Dispense mi comentario anterior, profesor —suplicó—. ¡Ah! Pueden llamarme Judy; no vale la pena usar ceremonias.
Willows se echó a reír.
—La verdad es que, además de parecerlo, soy un vagabundo; al menos, durante una temporada —exclamó jovialmente.
—Bien, entren en casa y hablaremos —propuso Judy—. Tengo café. La casa está un poco desordenada.
—No te preocupes —dijo Willows.
Heys dejó la escopeta apoyada en la pared, junto a la entrada. Judy se alejó en dirección a la cocina para volver a los pocos minutos con una bandeja en las manos.
—Bueno, pero ¿qué te ha pasado? —preguntó Heys ¿Por qué eres la única persona que ha quedado en la población?
Judy se sonrojó ligeramente.
—Bueno, la verdad es que... Lo mejor será hablar claro. Anoche me emborraché. He estado durmiendo la borrachera hasta hace una hora, más u menos. Pero no había notado nada...
—El pueblo ha sido saqueado. ¿No han entrado en tu casa?
— No me he fijado... Claro que no estaba en condiciones...
—Judy, que yo sepa, no eras aficionada al alcohol, al menos, en tanta cantidad —observó Kitty.
Ella hizo una mueca.
—Me sentía muy deprimida —confesó.
—Tal vez un desengaño amoroso —apuntó Willows.
—Sí. Tenía un pretendiente, íbamos a casamos... y anoche, alrededor de las once, sin más, me telefoneó para decirme que la boda era imposible. Ya hacía tiempo que notaba en él cierta frialdad...
—A lo mejor estaba ya casado con otra —supuso Heys.
—No me extrañaría. Últimamente, repito, estaba muy raro... De modo

que agarré una botella y... —Judy se echó ,a reír—. Esta mañana lo he visto todo muy claro, aquel bastardo no se merece que yo llore por él.
—Es una sana manera de pensar —aprobó Willows—.
Pero, dinos, Judy, ¿has notado en los días anteriores síntomas precursores de un pánico colectivo?
—No... Bueno, sí.... —De pronto, la señora Stone chasqueó los dedos —. ¡Claro, el profeta, sus anuncios del fin del mundo...!
Heys se inclinó hacia adelante.
—Cuenta, por favor —pidió.
Judy empezó a hablar. Cuando terminó, Willows meneó la cabeza.
—No cabe duda, se trata de un fenómeno de alucinación colectiva —dijo—. Naturalmente, antes de marcharse, soltaron a perros, gatos y canarios...
—Permíteme un momento, Jake —objetó Heys—. Algunos perros, en efecto, podrían haberse marchado al campo, lo mismo que algunos gatos. Pero la mayoría se habrían quedado en las casas donde han vivido hasta ahora. Es más, tendríamos que oír aullidos y lamentos de perros que echan en falta a sus dueños y no se oye ladrar absolutamente a un solo can. Ni tampoco, recuerda, se ve una paloma.
—Esto es aterrador —se asustó Judy—. ¿Qué ha pasado aquí?
—Aún lo ignoramos, ¡Pero vamos a ver si podemos hacer algo! Kitty, tú sabes donde está la central de teléfonos.
—¿Para qué ir allí? —dijo la dueña de la casa —. Usad el mío.
—Gracias, Judy.
Heys se puso en pie. Junto al teléfono, en realidad videoteléfono, ya que disponía de pantalla visora, había una pequeña agenda.
—Deberíamos llamar a la capital del condado —propuso.
—El sheriff Rawlings es amigo mío —dijo Judy. Busca su número en la letra R.
Heys asintió. Una vez hubo hallado el número, marcó las cifras correspondientes, y esperó unos segundos. Pero la pantalla permaneció apagada y no se oyó ninguna voz a través de la línea de sonido.
—Diríase que la comunicación está cortada —murmuró.
—En la oficina de Rawlings, hay siempre, por lo menos, un par de hombres de guardia —dijo Judy—. Insiste, Ronnie.
Unos minutos más tarde, Heys abandono el videoteléfono.
—No hay duda, la línea está cortada —dijo.
—Ya sé lo que ha pasado —exclamó Kitty.
Todos se volvieron para mirarla. Ella continuó:
—Judy nos ha hablado de un profeta, seguramente un engañabobos, que se ha llevado a la gente a alguna parte, a fin de permitir que sus

compinches saquearan el pueblo. Una operación semejante dura bastante rato. No podían permitir obstáculos y, por tanto, cortaron todas las líneas telefónicas, y es de suponer también las del telégrafo. Por tanto, estamos incomunicados. .
—Un razonamiento muy lógico —aprobó Willows.
—Por tanto, lo que debemos hacer es marcharnos de Whiteville y avisar lo que sucede —dijo Judy. —Podríamos buscar a la gente por los alrededores —sugirió Kitty.
—¿Cuántos habitantes tiene Whiteville? —preguntó Heys.
—Unos seiscientos treinta y siete, según el último censo —respondió Judy—. Lo pone un el rótulo que señala los límites de la ciudad.
— No he visto ningún rótulo, pero es lo mismo. Seiscientas personas no se mueven sin dejar algún rastro. A la fuerza quedan cosas por el suelo, sin contar con las pisadas, que han debido quedar marcadas en la hierba. Busquemos primero ese rastro y luego, de acuerdo con lo que veamos, podremos marcharnos a pedir ayuda en alguna parte.
—Está bien —dijo Judy—. Si no hay inconveniente, iré a cambiarme de ropa. Estaré lista muy pronto.
Kitty sirvió más café. Willows empezó a recargar su pipa.
—Se me está acabando el tabaco —gruñó.
—Hay un almacén general cerca de esta casa —indicó la chica.
Willows se levantó. —Volveré en seguida —dijo.
Al quedarse solos, Kitty fijó la vista en el joven.
—Ronnie, tengo la impresión de que aquí ha sucedido algo horrible, algo espantoso... De lo que no tenemos la menor idea. Seiscientas personas no desaparecen de un modo tan absoluto, llevándose, además, los animales domésticos. Había, por otra parte, dos personas que debían utilizar silla de rueda constantemente. Podían salir a la calle, dar algunos paseos... pero nunca alejarse de la ciudad hasta perderse de vista. Tía Sara incluso era una mujer poco aficionada a salir de casa. No se recluía en una especie de auto clausura; pero tampoco era de las aficionadas a pasar el día chismorreando con la vecina, ¿entiendes?
Heys hizo un gesto de aquiescencia.
—Algo ha sucedido y no tenemos la menor idea de lo que pueda ser —convino—. Pero si encontramos un rastro, podremos deducir en parte lo ocurrido. Entonces iremos a informar al sheriff del condado. El sabrá lo que se debe hacer.
—Si, tienes razón.
Judy apareció en aquel momento.
—Estoy lista —anunció.
Salieron a la calle. Willows regresaba en aquel momento.
—He dejado algunas monedas sobre el mostrador —manifestó—. ¿Por dónde empezamos?

Heys recordó el Centro Cívico v echó a andar de inmediato. Pero, en lugar de atravesarlo por el interior, dio la vuelta al edificio y se situó en el lugar donde había estado la pared.
En aquel lugar había un sector con césped. La hierba sin embargo no ofrecía la menor huella de pisadas.
—Me pregunto adónde habrá ido a parar el muro —dijo, desconcertado.
—Por aquí no se fueron, esto es evidente —manifestó Willows—. Si se produjo la estampida lógica en una situación de pánico colectivo, tuvo que ser en otra parte. El salón aparecería con grandes destrozos, y salvo el muro que falta, todo está en perfecto orden.
—Lo mejor será que demos una vuelta completa al pueblo —propuso Judy.
Una hora más tarde, regresaron al centro, completamente desalentados. Para mayor seguridad, Heys hizo unas cuantas pruebas en la central de teléfonos, pero sus llamadas no obtuvieron respuesta alguna.
—Kitty, ¿es lógico que nadie venga a Whiteville a ver qué sucede? —exclamó—. Imagino que los teléfonos funcionaran con cierta regularidad y que el telegrafista recibiría algunos mensajes. Pero si se comunican desde el exterior y no reciben respuestas, alguien tiene que dar la alarma, me parece.
Kitty se pasó una mano por la frente.
—Yo ya no sé qué pensar —contestó desanimadamente—. Lo mejor que podemos hacer es ir a hablar con el sheriff Rawlings. Aquí ya no podemos hacer nada.
—Está bien —contestó Heys—. Aguardadme aquí; voy a buscar mi coche, que es muy rápido. Los cuatro cabemos holgadamente, sin problemas de espacio.
El Joven se alejó, para regresar un cuarto de hora más tarde. Kitty se acomodó a su lado. Willows y Judy ocuparon el asiento posterior. Heys arrancó en el acto y aceleró al máximo.
Pero cuando apenas habían cubierto trescientos metros, el coche empezó a perder velocidad. Heys dio la máxima potencia al motor, sin conseguir el menor resultado. Treinta metros más adelante, el coche se detuvo, sin que ninguno de sus ocupantes pudiera ver el obstáculo que les impedía proseguir la marcha.
—¡La barrera invisible! —gritó Myrna—. ¡Yo tenía razón; no fue una alucinación!
Heys paró el motor. El coche, impulsado por una fuerza desconocida, retrocedió unos cuantos metros y se detuvo finalmente.
El joven se apeó en el acto. Caminó con paso decidido y, de pronto, sintió en la cara el contacto de algo que no podía ver y que era elástico y absolutamente irrompible.

Dio unos pasos hacia atrás, mientras los otros le contemplaban con gran atención. Heys buscó una piedra y la arrojó con todas sus fuerzas.
Willows se apeó del coche y caminó hacia el lugar donde estaba la, pared invisible. Tanteó un poco con la mano y luego, quitándose la pipa de la boca, dijo:
—No cabe duda; es una barrera de fuerza, activada por alguien de cuya identidad no tenemos la menor idea.

* * *

Hubo un largo silencio, después de las palabras del profesor. Los dientes de Judy castañetearon durante unos segundos.
Kitty fue la primera en hablar.
—Entonces, estamos encerrados... No podemos abandonar el pueblo.
—Y no podemos comunicarnos con nadie que pueda auxiliarnos —dijo Judy, terriblemente asustada.
Willows se volvió bruscamente hacia las mujeres.
—¿Hay alguna fábrica de especiales características en la vecindad? —preguntó—. Quiero decir algún lugar donde se supone que el gobierno, por ejemplo, está realizando experimentos secretos...
—En doce millas a la redonda, no hay la menor instalación industrial —respondió Judy—. La única planta de energía que conozco es la que suministra luz al pueblo, pero, como digo, está a doce millas.
—No veo cables ni torres de alta tensión.
—Hace años se enterraron todos los cables. Los vecinos opinábamos que desentonaban del paisaje y conseguimos que la compañía suministradora de luz enterrase las conducciones.
—Y yo, hace un par de años, leí una comunicación científica, sobre la creación de barreras de energía invisibles e inofensivas para la gente —dijo Willows—. Pero los experimentos se realizaban todavía a pequeña escala, habiéndose alcanzado, en su fase máxima, una cúpula de cuatro metros. Y aun así, al precio de un consumo de energía exorbitante y sin que pudiera mantenerse esa barrera más de un par de minutos en actividad. No se: cómo estarán las cosas ahora aunque no creo que hayan progresado mucho.
—Entonces, según tú, la barrera tiene forma de cúpula —dijo el joven.
—La definición exacta sería semiesfera, pero supongo que es un detalle que no tiene mucha importancia.
Heys se volvió.

—Estamos a trescientos metros de las primeras casas. Kitty tropezó con esa barrera a una distancia análoga, pero al otro lado. El pueblo tiene una anchura aproximada de un kilómetro. Por tanto…
—El diámetro de la cúpula tiene unos mil quinientos metros,

aproximadamente.
Kitty miró hacia arriba.
—Y en lo alto, la barrera está situada a setecientos cincuenta metros —calculó.
Heys frunció el ceño.
—Cuando Kitty topó con la barrera por primera vez no habían dado aún las doce del mediodía. Ahora son más de las cuatro. Ha existido un espacio de tiempo durante el cual no funcionaba esa barrera, quienquiera que sea el que la activa y desactiva a su gusto. Pero si ahora está en actividad, eso significa que...
Calló un momento. Willows, Kitty y Judy le contemplaban en silencio.
—Eso significa que alguien va a venir muy pronto —añadió el joven—. No sabemos quién o quiénes son, pero creo que conveniente que estuviésemos prevenidos.

CAPÍTULO V

Heys entró en el almacén y buscó un arma mejor que la escopeta. Encontró un rifle, comprobó su perfecto funcionamiento, lo cargó y se echó un puñado de balas al bolsillo.
Judy era uNa mujer resuelta y Se apoderó de una escopeta, que cargó con perdigones loberos. Después de algunas dudas, Kitty eligió un revólver. Tiempo atrás, había hecho prácticas con el de un conocido y sabía que era el arma que podría manejar con mayor eficacia.
Willows por su parte, eligió un arma muy distinta: un potente soplete de soldador. La llama podía llegar a dos metros de distancia. Partiría él un hombre en cuestión de segundos.
El silencio parecía haberse acentuado en la población. De repente, algo quebró aquella quietud absoluta.
Fue un seco chasquido, que pareció mucho más violento en volumen sonoro, debido al silencio que reinaba.
—Ha sido en el Centro Cívico —murmuró Heys. Aprestó el rifle. De pronto, se oyeron pisadas. —Agachaos —ordenó el joven—. Que no nos vean.
Los pasos se acercaron. Agazapado al pie de una de las ventanas del almacén, Heys vio de pronto algo que le hizo dudar de sus sentidos.
Los hombres acorazados, en número de doce, se detuvieron a cierta distancia. Heys contempló las extrañas armaduras y los fusiles de aspecto futurista que llevaban aquellos sujetos. En aquel instante, y pese a su escepticismo en ese aspecto, presintió que se hallaba contemplando a unos seres que no habían nacido en la Tierra.
¿Una invasión de extraterrestres?
Parecía absurdo, disparatado..., pero la realidad estaba ante ellos,

delante de sus ojos... Los uniformes blindados, de un metal que parecía liviano, pero al mismo tiempo intraspasable por los proyectiles corrientes; lo fusiles de rara apariencia, los cascos de forma cilíndrica, con la antena romboidal en la parte superior...
¿De dónde venían aquellos seres?
Estaban correctamente formados frente al almacén, alineados en columna de a dos, como si fuesen a ser revistados por algún oficial. Casi en el mismo instante apareció otro sujeto, también uniformado de la misma manera.
En la parte de los hombros, Heys vio dos líneas doradas. Debía ser un oficial, pensó. El recién llegado empezó a mover la mano; señalando distintos puntos de la ciudad a sus hombres. Luego describió un círculo y el pelotón se dispersó en el acto.
Los extraños se introdujeron en las casas. Heys vio que el oficial permanecía quieto un instante en el mismo sitio. Luego advirtió que giraba y se encaminaba hacia el almacén.
—Quietos todos —dijo—. Voy a tratar de sorprenderle.
Levantándose de un salto, fue hacia la puerta y se situó a un lado. El oficial entró. Heys se situó a sus espaldas, y sujetando el rifle con la mano derecha, pasó el brazo en torno a su cuello metálico.
De súbito, algo lo repelió.
Una fuerza irresistible le tiró de espaldas. Sus hombros chocaron contra la pared y sintió que perdía las fuerzas de sus piernas.
El extraño se volvió en el acto y su rifle empezó a levantarse. Kitty le apuntó con el revólver, que sostenía con las dos manos. Judy se echó la escopeta a la cara.
—¡Quietas! —gritó el profesor.
El soplete rugió. Una llama de dos metros despidió un resplandor intolerable, obligando a retroceder al extraño.
—¡Tira tu fusil! —ordenó Willows, a la vez que avanzaba hacia el hombre blindado, haciendo funcionar el soplete constantemente.
La llama blancoazulada pareció impresionar profundamente al extraño, porque el fusil cayó al suelo. Heys sacudió la cabeza y consiguió ponerse en pie.
—Será mejor que lo llevemos al interior de la casa —dijo.
—Sí, es una buena idea —aprobó Willows.
Redujo la potencia de la llama, pero no apagó el soplete del todo. El extraño retrocedió. En la parte delantera del casco había dos círculos de vidrio muy grueso. Aquellos cristales brillaban de un modo singular, con oscilaciones irregulares de distinta intensidad.
—Judy —dijo Willows—, en alguna parte debe haber guantes de goma. Búscalos.
—Sí —contestó la aludida en el acto.
Paso a paso, el extraño fue obligado a entrar en una de las

habitaciones interiores. Willows se dirigió al joven:
—Ronnie, esa fuerza que te ha rechazado no es sino una descarga eléctrica. Ese tipo debe de llevar un generador interior, ¿comprendes?
—Sí. Los guantes de goma servirán de aislante.
—Exacto.
Judy llegó en aquel momento con los guantes de goma.
—Están saqueando las casas —dijo—. He visto a uno que se llevaba un montón de libros. Otro ha salido con un cesto cargado de vajilla.
—Libros y vajilla... —murmuró Willows—. Sí que resulta extraño.
—Si son extraterrestres, como pienso, querrán conocer nuestras costumbres —dijo Heys, que ya estaba calzándose los guantes.
Terminó la operación, se acercó al extraño y apoyo ambas manos en el casco. Entonces, aquel sujeto hizo un gesto con la cabeza.
—No, por favor —solicitó.

* * *

Hubo un movimiento de sorpresa entre los espectadores.
—Habla nuestro idioma —exclamó Kitty.
—¿Quién se lo habrá enseñado? —dijo Judy.
—Tengo una traductora automática —explicó el hombre blindado.
—¿Quién eres? ¿Cómo te llamas? —preguntó Willows.
—Kighox, de Fart-Ohl.
— Fart-Ohl —repitió Heys—. Eso no está en la Tierra, precisamente.
—No, no pertenecemos a este planeta. Somos exploradores del espacio.
Heys entornó los ojos.
—¿Por qué no quieres que te quitemos el casco? —preguntó.
—Debe tener una cara horrorosa —dijo Judy, burlonamente.
—Vuestra atmósfera es perniciosa para nosotros —respondió Kighox.
—Pero no las cosas que os lleváis de aquí —dijo Kitty, muy irritada.
Willows levantó la mano.
—Hay algo más interesante todavía —intervino ¿Dónde está la gente de esta población?
—En lugar seguro. No van a sufrir ningún daño.
—Bueno, pero ¿por qué os habéis llevado a todos los que vivían en el pueblo?
—Se acerca el fin del universo. Sólo queríamos salvarlos —respondió Kighox.
—¿El fin del universo? —respingó Willows.
—Por lo menos, el fin de vuestro mundo.
—Eso es un disparate —exclamó Heys, malhumoradamente.
—Lo dijo el profeta —manifestó Judy.
—¿El jefe de la banda que saqueó el Banco, además de las casas particulares? —se asombró el joven.

—Sí, el mismo.
—Nosotros lo oímos claramente. Por eso decidimos salvar a los que iban a perecer —declaró Kighox.
—Y, claro, se están llevando cosas del pueblo, para evitar que se destruyan —dijo Kitty, sarcásticamente.
—Un momento —pidió Willows—. Es evidente que estamos ante un extraterrestre. Pero no sabemos cómo ha llegado hasta aquí. Ni cómo se han llevado a más de seiscientas personas, aparte de los animales domésticos.
—Viajamos a través de un túnel extradimensional —dijo Kighox.
—Un túnel extradimen... —El profesor tenía la boca abierta—. ¿Dónde está? —preguntó, vivamente excitado—. Quiero verlo, Kighox.
—Si deseáis salvaros de la destrucción de vuestro planeta, os llevaré con mucho gusto al nuestro —respondió el hombre blindado.
—¡Espera! —dijo Heys—. Este tipo no quiere que le quitemos el casco porque nuestra atmósfera resulta nociva para él. Por tanto, es evidente que la suya no será nociva para nosotros.
—Eso sí es cierto —convino Willows, pensativamente. Y si se llevaron varios cientos de personas, parece lógico pensar que hayan muerto todos.
—Oh, no, tía Sara muerta… —se espantó Kitty.
Heys meneó la cabeza.
—A mí me parece que Kighox es un embustero de marca —opinó—. Primero dice que quiere salvamos, llevándonos a su mundo. Luego dice que no se puede quitar el casco, porque nuestra atmósfera resulta perniciosa para su salud. Aquí hay algo que no es congruente. O de veras trata de salvamos... o es un buen comediante.
—Es posible que tengas razón —convino el profesor—. Apartaos, voy a encender el soplete, para obligarle a que se quite el casco.
Kighox levantó la mano bruscamente.
—Está bien, no es necesario que enciendas tu arma.
Me quitaré el casco —dijo.
Llevó las manos a lo alto, asió el casco y lo hizo girar un cuarto de vuelta a la izquierda.
Se oyó un ligero chasquido.
Heys contuvo el aliento. Kitty volvió la cabeza. Ahora vería una cara horrible, verdosa, con ojos saltones y conchas picudas en lugar de cabellos...
De pronto, oyó una exclamación de sorpresa:
—¡Caramba, qué guapo es! —dijo Judy.

* * *

Kitty se quedó atónita, lo mismo que Heys y el profesor. El hombre que tenían ante ellos aparentaba poco más de treinta años, y,

efectivamente, tenía un rostro muy atractivo. El pelo era negro y la piel tenía un tono ligeramente oscuro, no tostado por el sol, sino debido a las naturales características epidérmicas. Al sonreír, Kighox enseñó unos dientes muy blancos, perfectamente alineados.
—Me gustaría verle sin ese blindaje —añadió Judy.
—Dejemos esto por el momento —exclamó Willows—. Kighox, nos has mentido, puedes vivir en esta atmósfera.
Kighox señaló su casco y abrió y cerró la boca repetidas veces. Sus palabras resultaban absolutamente ininteligibles para los asombrados terrestres.
—Creo que ya sé lo que dice —manifestó el joven—. La traductora automática está en el casco.
Hizo un gesto con la mano y Kighox volvió a ponerse el casco.
—Es una lástima —suspiro Judy—. Me gustaría ser su profesora de idiomas.
—Aprendería muy pronto, en efecto —dijo Kitty, sarcásticamente.
—Sí, me gustaría hablar con vosotros, sin necesidad de la traductora automática ——convino Kighox.
Como científico, Willows se sintió interesado por el funcionamiento de un aparato tan sofisticado.
—¿Cómo entiendes lo que te decimos? —preguntó.
—La traductora capta los sonidos de vuestro lenguaje v los lleva a un diminuto ordenador, el cual emite unas ondas especiales, que son captadas por mi cerebro. Es en el interior de mi cerebro donde se produce la traducción real de los sonidos de vuestro lenguaje y, al saber lo que decís, yo contesto en el mío. Mis palabras vuelven a otro ordenador, el de respuestas, el cual activa los sonidos que vosotros ya podéis entender perfectamente.
—En resumen, una traducción basada, en buena parte, en la telepatía —dijo Willows.
—Así es —confirmó Kighox.
—Aún hay otra cosa que debieras explicamos —pidió Heys.
—¿De qué se trata?
—La esfera de energía que envuelve al pueblo. No podemos salir y, supongo, nadie puede entrar tampoco. ¿Por qué?
—Es necesario que la esfera esté en actividad, mientras lo está el túnel extradimensional —respondió Kighox.
Un extraño pasó en aquel momento por delante de la ventana del cuarto, sin reparar en lo que pasaba en el interior. Kitty lanzó una exclamación:
—¡Se llevan cuadros!
—Es natural. Puesto que vuestro mundo va a ser destruido, queremos conservar los mayores datos posibles de vuestra forma de vida — manifestó Kighox.

—Pero ¿de dónde demonios has sacado que se acerca el fin del universo? —preguntó Heys, malhumoradamente.
—Se lo oímos anunciar a un tipo que vestía de una forma muy distinta a la vuestra.
—¡El profeta! —dijo Judy, explosivamente.
—Un timador y ladrón —añadió Kitty.
—Ese hombre anunció que cuando se viera una luz roja en el cielo, el fin del universo estaría muy cercano. Nosotros también vimos la luz roja y unos sonidos horribles, verdaderamente aterradores —dijo el extraterrestre.
Heys se pasó una mano por la cara. Empezaba a comprender claramente lo que había ocurrido. —Dan ganas de echarse a reír —murmuró.
—¿Por qué, Ronnie? —quiso saber la chica.
—Esa luz roja, los ruidos... ¿Has oído hablar alguna vez de la técnica cinematográfica?
Kitty se puso una mano en la boca.
—Fue un engaño de los ladrones —adivinó—. Reunieron a todo el mundo en el Centro Cívico y dieron comienzo al desvalijamiento del pueblo.
——Exactamente. Pero lo peor de todo no es eso, sino que Kighox y los suyos llegaron a creer que era realidad que estaba llegando el fin del mundo.
De repente, sin poder contenerse, Judy rompió en una histérica carcajada.
—El fin del universo... ¡Tiene gracia! —exclamó, con las manos en los costados, sin poder dominar la hilaridad.
Heys puso una mano en el hombro del extraño.
—Kighox, lo mejor será que vayamos en busca de esos desgraciados —propuso—. No habrá fin del mundo; todo fue un engaño.

CAPÍTULO VI

Kighox parecía desconcertado por aquellas palabras.
—Entonces... ¿hemos actuado imprudentemente?
—¿Cómo podíais saber que se trataba de un timo?
—Por cierto —preguntó Willows—, ¿cómo pudisteis saber que alguien proclamaba el inminente fin del universo?
—Hicimos una exploración preliminar de contacto, situándonos en un plano intermedio, cosa que se puede realizar sólo durante periodos de tiempos muy cortos Nuestras traductoras automáticas captaron las prédicas del hombre que anunciaba llegado el último día del universo y también pudimos ver cómo se congregaban todos los habitantes de este pueblo para rezar y pedir perdón de sus pecados. Entonces fue

cuando decidimos llevarlos a todos a Fart-Ohl, a fin de evitar que perecieran en el cataclismo que se anunciaba inminente.
—Pero vosotros también os lleváis cosas de Whiteville, granujas —dijo Judy, muy irritada.
—Si este mundo va a desaparecer, conviene que guardemos cosas que permitan recordar algún día lo que fue, aunque sólo sea en parte —alegó Kighox.
—La Tierra está muy sana —refunfuñó Heys—. Un día se destruirá pero todavía falta un poco.
—Nosotros no podíamos saber... —quiso disculparse Kighox.
—No, no conocían nuestras costumbres —le interrumpió Willows—. Está bien, lo mejor será que vayamos a buscar a las gentes del pueblo y les contemos lo sucedido.
—No se lo creerán —dijo Kitty.
—Eso es lo de menos; lo importante es que regresen.
—Y hablando de la gente que debe regresar, con ellos, sin duda, estarán también el profeta y sus secuaces, con todo el botín —dijo Heys.
—Sí, desde luego —admitió Kighox.
—Entonces no se hable más; debemos marcharnos cuanto antes.
De repente, se oyó ruido extraño fuera de la casa.
Algo chasqueó con gran estrépito. Todos los presentes oyeron un tremendo alarido. Sonaron más chasquidos.
Heys agarró el rifle y se lanzó fuera de la estancia.
Atravesó el almacén, llegó a una de las ventanas y entonces contempló un espectáculo que le dejó boquiabierto.
Los hombres de Kighox, rodilla en tierra, disparaban sus extraños fusiles contra alguien que, evidentemente, les atacaba desde un lugar que no podía divisar desde el punto en que se encontraba. De repente, vio que uno de los hombres blindados se convertía en una bomba. Explotó y trozos de su cuerpo y de su armadura volaron en pedazos por todas partes.
Heys creía soñar. La explosión, paradójicamente, se había hecho sin demasiado ruido, a renglón seguido de una descarga luminosa, cuya procedencia ignoraba. Oyó pasos a sus espaldas y se volvió.
—Agáchense, que no les vean —ordenó.
Otro soldado voló en pedazos. Kighox, enfurecido quiso lanzarse fuera, pero Heys le cerró el paso, encañonándole con el rifle.
—¿Quieres que nos maten a todos?
—Mis hombres están siendo exterminados...
Una ráfaga de explosiones se produjo en aquel momento. Media docena de cuerpos humanos fueron despedazados instantáneamente. Kitty y Judy se sentían aterradas.
—Al suelo todos —ordenó Heys, imperativamente—. Jake ve a la otra

ventana; procura que no te vean no hagas fuego si no es necesario.
— Tengo mi fusil —dijo Kighox, rabiosamente.
—Ya llegará tu momento —contestó el joven—. No sabemos qué ha pasado aquí y no vamos a echarnos a la calle a ciegas para que nos hagan trizas con cuatro descargas.
El silencio había vuelto a la población. De pronto, se oyeron unas risas burlonas.

* * *

Una docena de hombres apareció bruscamente ante los ojos de Heys. Eran todos robustos, jóvenes, pero no llevaban armaduras. Vestían ropas muy livianas, blusa y pantalones, con botas de media caña. En la mano llevaban lo que parecía un fusil de cañón muy corto, rematado en una boca translúcida, de unos diez centímetros de diámetro.
Aquel fusil estaba unido por un tubo flexible a un pequeño depósito situado a la espalda. Los asaltante, llevaban colgado del cuello un pequeño aparato semejante a un paquete de cigarrillos en el tamaño, y de color negro. Heys observó que aquellos sujetos eran de distinto color de piel y hasta de muy diferentes fisonomías. Vio dos con orejas muy puntiaguda y otro que carecía prácticamente de nariz. Tres tenían una epidermis de un color verde brillante y había dos más cuya a piel tenía un tono escarlata muy pronunciado.
Kighux se situó a su lado.
—Son piratas de Rowor —dijo a media voz.
—¿Piratas? —repitió el joven, atónito.
—Sí. Han debido seguirnos. Siempre van detrás de un grupo de exploradores. Seguramente han sorprendido a mis centinelas... Estaban advertidos, pero no han puesto suficiente cuidado.
—Y ahora, ¿qué piensan hacer?
De pronto, se oyó una voz en la calle:
—Este parece un buen lugar para llenar los bolsillos.
Buscad por las casas, muchachos —ordenó alguien.
—Esas cajas que les cuelgan del cuello son traductoras. En Rowor se necesitan, ya que allí se hablan multitud de idiomas —informó Kighox.
Los piratas se esparcieron por las casas de la vecindad.
—Van a arrasar el pueblo —gimió Kitty.
—Silencio por favor —pidió Heys— Kighox, ¿qué clase de armas son las que usan los roworianos?
—Rifles de luz sólida. Destruyen cuanto tocan provocando, incluso, la explosión de las moléculas. Ese bulto que llevan a la espalda es el depósito de energía.
—Lo que nos faltaba —gruñó Heys—. Kighox si nos ven, dispararán contra nosotros, supongo.

—Tienen la costumbre de no dejar supervivientes cuando están seguros de vencer.
—Bonito panorama. Y yo que pensaba pasarme un año de diversión...
Recordando el concurso de los amigos de las armas antiguas, pensó que estaría ahora mucho mejor con Peter Marston y los suyos. Pero ya no podía hacer nada, salvo intentar salvar la vida.
—¿Qué alcance tienen esos fusiles de luz sólida? —preguntó.
—Cincuenta, sesenta metros, como máximo.
—Vosotros teníais fusiles.
Kighox sonrió amargamente.
—Sólo disparan proyectiles anestésicos. Sus efectos cesan al cabo de una hora, aproximadamente,
Heys cerró los ojos un instante.
—Bonito lío —gruñó—. Pero vi a tus hombres que disparaban.
—Los piratas llevan chalecos de protección contra nuestros proyectiles. Aparte de eso, han tomado previamente un antídoto contra el anestésico, con toda seguridad —respondió Kighox.
—Bueno, conocer las armas que usa el enemigo, siempre resulta pusitivo. ¿Dice que no dan cuartel a sus adversarios?
—Así es, cuando vencen, por supuesto. Pero no atacan si no están seguros de ganar.
—Quizá nosotros, los terrestres, podamos enseñarles algo en cuanto a batallas —dijo Heys, ceñudamente—. Jake —llamó.
Willows se acerco a gatas.
—¿Sí, Ronnie?
—Esos tipos son piratas. Nos matarán, si descubren que estamos aquí. Usan pistolas de luz sólida, pero sólo alcanzan sesenta metros como máximo. Es preciso mantenerse fuera de tiro, ¿comprendes?
—Tendré que buscar un rifle, en tal caso.
—El soplete ya no sirve.
—De acuerdo.
Por todas partes se oían ruidos de cristales rotos y muebles astillados. Heys pensó también en las mujeres A juzgar por el aspecto de los piratas, Kitty y Judy podrían sufrir los peores ultrajes, si eran atrapadas vivas.
—Será mejor que os escondáis —aconsejó a las mujeres.
—Yo sé manejar un rifle —dijo Judy, resueltamente—. Esos tipos no me van a poner la mano encima.
—Espera —pidió Kitty——. Soy de tu opinión, Judy. Las dos mujeres se marcharon. Kighox dijo:
—Si pudiéramos atrapar a uno de esos piratas…
—¿Qué le harías?
—Bueno, suelen ser muy solidarios entre si. Quizá se rindieran.
—Ni lo sueñes. Por lo que he visto, disparan apenas tienen un blanco

a la vista. Además, nos interesa conservarte con vida. Eres el único que puede llevamos a Fart-Ohl, para traer a las gentes de Whiteville.
Kighox asintió. Willows llegó en aquel momento.
—Estamos listos —dijo.
—De acuerdo. Saldremos por detrás y nos dirigiremos al Centro Cívico. Por allí es donde está la entrada al túnel ultradimensional, ¿no es cierto, Kighox?
—Sí —contestó el interpelado.
Heys movió una mano.
—Vamos, en marcha. Yo vigilaré hasta que hayan llegado a la puerta trasera. Salid con precaución y, si es preciso, disparad a matar.
Willows se llevó a las dos mujeres y al extraterretre. Heys se dispuso a abandonar la ventana segundos después, pero en aquel mumento vio a un pirata de piel verde que empezaba a cruzar la calle.
Calculó la distancia. Habría unos treinta metros. No podía correr riesgos.
Tomó puntería con todo cuidado. Apretó el gatillo y sintió en el hombro el consolador retroceso del rifle.
El pirata dio un salto tremendo y cayó hacia atrás, quedando tendido en el suelo cuan largo era. Otro pirata apareció de pronto un poco a su derecha y apuntó a la casa con su rifle de luz sólida.
Heys se lanzó a un lado, justo cuando llegaba la descarga y hacía volar el trozo de pared que había al pie de la ventana. Arrastrándose rápidamente, pasó a la otra ventana, sacó el rifle, apuntó y disparó.
El pirata cayó al suelo, agarrándose una pierna con ambas manos. Otro de sus compañeros corrió hacia él para auxiliarle, evidentemente desconcertado por aquellos estampidos que derribaban a las personas.
Heys tomó puntería de nuevo v apretó el gatillo por tercera vez.
Esta vez su disparo produjo unos efectos insospechados. Una luz deslumbradora brotó del lugar en que se hallaban los dos piratas, cuyos cuerpos volaron en sangrientos pedazos por todas partes. El relámpago fue acompañado de un fenomenal chasquido, que causó la rotura de numerosos cristales.
Heys se sintió aturdido un instante. Luego comprendió que debía haber alcanzado el depósito de energía de uno de aquellos rifles. Sin esperar a más, giró sobre sus talones y huyó en dirección a la puerta posterior.
Un minuto más tarde, alcanzaba la parte trasera del Centro Cívico. Willows parecía consternado, lo mismo que las mujeres.
—¿Qué sucede? —preguntó el joven muy intrigado. Kighox estaba rígido, inmóvil como una estatua. Fue Willows el que dio la respuesta.
—La entrada al túnel extradimensional ha desaparecido.

CAPÍTULO VII

La sensación de desánimo y abatimiento duró muy poco, sin embargo, en Heys. A fin de cuentas, había un problema por resolver, de una urgencia muy superior. —He causado tres bajas a los piratas —dijo—. Seguramente no tardarán en llegar aquí. Hemos de evitar que se sitúen a distancia de tiro.

—Muy bien, luego discutiremos lo del túnel. Vamos, Ronnie.

Kitty se emparejó con el joven.

—También las mujeres debemos pelear —dijo, resueltamente.

Heys cruzó el salón y llegó a la puerta principal, que abrió cautelosamente. Los piratas estaban allí, a unos cien metros, en torno al lugar en que se había producido la explosión causante de la muerte de dos de ellos. Otros rodeaban el cadáver del que había caído en el centro de la calle.

—Están desconcertados —adivinó Heys.

—Podríamos apostarnos en las ventanas de la galería superior —sugirió Judy.

Heys hizo un gesto con la mano. —Ve con ellas, Jake —indicó.

Willows echó a correr hacia la escalera que conducía al lugar señalado por Judy. Hcys seguía vigilando la calle.

De pronto, oyó la voz de Kitty:

—¡Ahí vienen!

—He dicho que subas a la galería.

—Estoy bien aquí —le interrumpió ella, enérgicamente.

Los piratas se habían puesto en movimiento, cargados con los más diversos objetos. Heys se preguntó qué dirían las gentes de Whiteville, sobre el saqueo de su pueblo, si conseguían regresar algún día.

"Primero tienen que volver», se dijo.

Arriba, sobre sus cabezas, sonó un disparo.

Kitty disparó. Heys hizo fuego también. Los piratas, sorprendidos, empezaron a caer.

Algunos dispararon descargas de luz sólida, pero la raya luminosa se detenía a cincuenta o sesenta metros de la boca del arma, tal como había predicho Kighox. Los fusiles terrestres hacían un fuego graneado, incesante, derribando a los piratas con sus proyectiles, uno por uno y sin posibilidad de devolver el fuego que se les hacía.

Un depósito de energía fue alcanzado y su portador se deshizo en un relámpago blancoazulado que despedía trozos de metal y de carne en todas direcciones. El último pirata, desesperado, intentó huir, pero dos certeros disparos le alcanzaron de lleno y cayó sobre el césped de uno de los jardines.

El silencio volvió muy pronto. Heys se atrevió a levantarse.

—Parece que no queda ninguno vivo —dijo Willows desde arriba.

Heys se pasó una mano por la cara.
—Son apenas las seis de la tarde —musitó—. Poco antes del mediodía, yo era un hombre feliz, en vacaciones y ahora soy combatiente en una guerra interplanetaria...
Se volvió hacia la muchacha. —Debemos hablar con Kighox —dijo.
Ella asintió. Atravesaron nuevamente el salón. Kighox permanecía inmóvil, en la misma postura, como si fuese una estatua de brillante metal plateado.
—¡Eh, Kighox! —llamó el joven.
No hubo respuesta. Heys frunció el ceño. —¿Te sucede algo, Kighox?
El extraño no contestó. Entonces, Heys se acercó y le sacudió en el hombro.
Kighox se derrumbó al suelo. La armadura se dividió en innumerables fragmentos, a la vez que sonaban ruidos de metal semejantes a tañidos musicales.
Kitty empezó a chillar. Detrás de él Willows lanzó una poco académica interjección. Judy habló de brujería.
Heys tenía la boca abierta. No podía creer en lo que veían sus ojos.
¡La armadura estaba completamente hueca! No había, entre sus diversas piezas, el menor rastro del ser humano que la había ocupado hasta pocos minutos antes.

* * *

Durante unos momentos. Heys permaneció como atontado, sin saber qué hacer. Luego se encaró con Willows.
—¿Que crees que le ha pasado? —preguntó. El profesor hizo un gesto con la cabeza.
—No lo se. Llevaba la armadura... pero si necesitaba la traductora automática podía haberse limitado a utilizar el casco solamente. Quizá la armadura le protegía de algun agente exterior que resulta desconocido e incomprensible para nosotros...
—¿Y se ha desintegrado, hasta el punto de no quedar rastro de su cuerpo?
—No lo sé. Me siento desconcertado. Ronnie, soy profesor de astrofísica, pero lo que sé y lo que enseño son cosas estrictamente terrestres. Ignoramos cómo es la ciencia en otros planetas; no sabemos absolutamente cuál es el grado de civilización de esos mundos habitados, ¿comprendes?
—En Rowor por lo menos, son salvajes —.observo Judy críticamente.
—Kighox y los suyos no eran mejores, a pesar de que sólo usaran fusiles anestésicos —dijo Kitty.
—Eso ya significa algo, ¿no crees? —comentó Heys.
—No tuvimos tiempo de conocerle mejor. Yo nunca acabé de fiarme de él por completo, Ronnie.

Willows levantó la mano.
—Amigos nuestra situación es crítica, pero no desesperada —dijo calmosamente—. Cuando menos seguimos en nuestro planeta, al que conocemos bien. Mucho peor deben de estar pasándolo los que fueron a Fart-Ohl, creyendo que, de verdad, había llegado el fin del mundo.
—Y no podemos hacer nada por ellos —exclamó Kitty, rabiosamente.
—Pero sí podemos hacer algo por nosotros.
—¿Qué, Jake? —preguntó Heys.
—Comer.
Judy se puso una mano en la boca.
—Comer... —repitió—. Con ese espectáculo de cuerpos hechos trizas en medio de la calle...
—Jake tiene razón —dijo el joven—. Nos guste o no, debemos reponer fuerzas. Hemos de pensar en vivir.
—Sobrevivir es la palabra correcta —opinó Kitty.
—Llámalo como quieras, pero son más de las seis de la tarde y no sabemos qué puede pasar.
—Judy es de Whiteville. Ella nos podrá indicar dónde hay comida —dijo Willows.
—Tengo algo de comer en el frigorífico, pero me imagino que el de Abe McBains estará mejor provisto. Tiene un bar restaurante —manifestó la aludida.
—Entonces vamos al bar de McBain —decidió Heys.
Inmediatamente echaron a andar hacia el interior de la población, guiados por Judy. Cuando llegaban a las inmediaciones del lugar donde había tenido lugar la batalla, vieron algo que una vez más, les hizo dudar de la integridad de sus sentidos.
Los cuerpos despedazados, las armas, las armaduras, desaparecían rápidamente. Primero se hacían transparentes y luego, en pocos segundos, se volvían absolutamente invisibles.
Incluso las armas esparcidas por todas partes corrían la misma suerte. En menos de diez minutos, no quedaba el menos rastro de los hombres de Kighox, ni de los piratas de Rowor.

* * *

En el enorme frigorífico de McBain encontraron fiambres en abundancia. Había también leche y cerveza. Sentados a una mesa empezaron a discutir la situación.
—A mi lo que me extraña es que no haya venido nadie en todo el día —dijo Heys—. Al parecer la reunión en el Centro Cívico se produjo sobre las diez de la mañana. Todos, todos se reunieron allí, incluso el alguacil, el telegrafista, los empleados del Banco... Salvo Judy, nadie quedó en el pueblo.

—Eso ya lo sabemos —dijo Kitty—. Pero ¿adónde quieres ir a parar, Ronnie?
El joven consultó su reloj.
—Van a dar las siete. El sol se pondrá muy pronto.
Han transcurrido nueve horas desde que se inició la reunión de los pobres infelices que creían iba a desaparecer el mundo. Aun para una población tan pequeña como Whiteville, un silencio tan prolongado no es cosa corriente. Alguien habrá hecho una llamada y se habrá extrañado de no recibir respuesta. El telegrafista no ha acusado la recepción de mensajes. En el Banco debe de haber un télex para enviar y recibir información financiera... Rawlings, el sheriff, habrá querido hablar también con el alguacil de Whiteville... ¿Por qué, en todo este tiempo no ha venido nadie?
—Por la barrera de energía —dijo Judy.
—De acuerdo, la barrera puede haberles impedido el paso. Pero no puede impedir que los helimóviles vuelen por encima, a fin de obtener información. No nos hemos fijado mucho, pero ya tendríamos que haber visto uno. O decenas de aparatos del Ejército; lo que sucede aquí no es normal y alguien ha tenido que sentirse alarmado.
—Bien, el caso es que estamos aislados... y casi pienso que es lo mejor —manifestó Kitty, sorprendentemente.
—¿Por qué? —se extrañó Judy.
—El pueblo está destrozado, saqueado. Imagínate que llega una columna de socorro. ¿Qué podemos contarles que les resulte creíble? ¿Una historia de una invasión de hombres extraterrestres? ¿La pequeña guerra interplanetaria que ha tenido lugar no hace mucho? Antes de que dijéramos media docena de palabras, ya nos habrían puesto las camisas de fuerza.
—En cierto modo, tienes razón —convino el joven—. Pero aunque nos conviniera seguir aislados, no podríamos seguir así eternamente, robinsones en nuestro propio planeta y en una zona relativamente poblada, con gentes a doce millas de distancia. Los alimentos se acabarían... y mucho antes, por supuesto, habría llegado una columna de socorro.
—Pero no sabemos qué hacer —dijo la chica desalentadamente.
Heys se volvió hacia el profesor. Willows, sin dejar de alimentarse, parecía sumido en profundas meditaciones.
—Jake —llamó. Willows alzó la vista.
—Dispensa. Ronnie; estaba distraído... ¿Qué sucede?
—Estábamos discutiendo sobre nuestra futura conducta. ¿Qué opinas tú sobre el particular?
Willows se frotó el mentón vigorosamente.
—Voy a tener que afeitarme; la barba me pica ya demasiado... En realidad —sonrió—, yo estaba pensando en otra cosa. Me refiero a la

desaparición de los cadáveres y los equipos.
—¿Sí? ¿Tienes alguna explicación?
—Antes de hablar, quiero comprobar una cosa —dijo el profesor, a la vez que se ponía en pie.
Willows se marchó y volvió diez minutos más tarde. —Me lo imaginaba. La armadura de Kighox también ha desaparecido — informó.

CAPÍTULO VIII

Willows arrimó un fósforo a la cazoleta de la pipa.
Después de comprobar que tiraba satisfactoriamente, dijo:
—Esos hombres, tanto los de Kighox como los de Rowor, vinieron aquí a través de un túnel extradimensional, que les permitía el tránsito de un planeta a otro, en poquísimo tiempo, un minuto o dos, depende de la longitud de ese túnel, que une dos planetas, separados acaso por una distancia inconmensurable, ya que se hallan situados en distintas dimensiones.
Son mundos, en cierto modo, paralelos, pero distintos. Al pasar desde su planeta a la Tierra, Kighox y todos los demás, se encontraban aparentemente en nuestra misma dimensión, en un plano dimensional análogo al que nos encontramos nosotros. Pero eso no era exacto matemáticamente; su estancia en nuestra dimensión no era tan absoluta como nos sucede a nosotros que hemos nacido aquí, en la Tierra, de la que no hemos salido... como no sea alguno de vosotros a algún corto viaje interplanetario, pero siempre dentro del sistema solar.
—Nunca he viajado en una astronave —declaró Judy.
—Yo hice una vez un viaje de turismo a la Luna —dijo Kitty.
—Aún no conozco el espacio exterior —manifestó Heys.
—Bien, eso es lo de menos ahora —prosiguió Willows—. La única explicación que se me ocurre, más bien una hipótesis y, por el momento, sin elementos que permitan probarla o rechazarla, es la que he expuesto. En ningún momento, esos extraterrestres estuvieron absolutamente en nuestra misma dimensión. Como lo estamos nosotros.
— Y, en consecuencia, desaparecieron. Willows sujetó la pipa con los dientes. —Yo diría mejor que se desintegraron —contestó.
Kitty sintió un escalofrío.
—Desintegrados —murmuró.
—Disueltos, descohesionados sus elementos moleculares.... hay muchas formas de definir esas desapariciones. Por supuesto las armas y los equipos tenían la misma procedencia Y. por tanto, corrieron la misma suerte.

—Lo cual significa que cuando llegue alguna expedición de socorro, no vamos a poder declarar lo sucedido —dijo el joven.
—Tendremos problemas, en efecto. Destrozos en las casas, saqueo, el Banco desvalijado...
—Me gustaría enfrentarme ahora mismo con esos problemas —dijo Judy—. Estaría mejor hablando con gente de la que supiera podían protegerme.
—No sabemos cuándo vendrán —manifestó el profesor.
Heys se puso en pie. Fue hacia la puerta y pulsó un interruptor.
Las luces se encendieron en el acto.
—Al menos no carecemos de energía eléctrica —dijo.
—Eso es confortador —sonrió Willows.
—Jake, se me está ocurriendo una idea —exclamó el joven de repente.
—¿Sí?
—¿Recuerdas: Cuando ataqué a Kighox, una fuerza irresistible me tiró de espaldas. Yo lo achaqué a una descarga eléctrica. Pero es posible que se debiera a que no estaba por completo en nuestra dimensión.
—Sin embargo, los guantes de goma te aislaron después y no sucedió nada —le recordó Kitty.
—Bueno, el choque entre dos seres que no se encuentran exactamente en la misma dimensión, puede producir efectos semejantes a los de una descarga eléctrica —opinó Willows—. Y cuando tocaste la que ya era vacía armadura de Kighox, probablemente se había iniciado el proceso de desintegración y el metal carecía ya de toda energía.
—Muy bien —dijo el joven—. La explicación resulta, por lo menos, satisfactoria, aunque quizá no sea la apropiada. —Consultó su reloj—. Quedan casi sesenta minutos de luz. Propongo hacer una comprobación.
—¿Acerca de... ? —preguntó Willows.
—La barrera de energía. Puede que nadie sepa lo que pasa en Whiteville, pero si esa barrera ha desaparecido, nosotros sí podemos informar de lo ocurrido en el pueblo.
Willows agitó la pipa que tenía en la mano.
—Esa sí es una buena idea. Lo comprobaremos por parejas. Judy y yo haremos los lados Norte y Oeste. Vosotros dos, Este y Sur. Nos reuniremos aquí. ¿Vamos, Judy?
—Sí, Jake.
Heys se puso en pie. Kitty se emparejó con él. Durante media hora larga recorrieron los contornos del pueblo con la mano extendida o bien usando palos, hasta en ocasiones, arrojando piedras. Luego, tremendamente desanimados, regresaron al bar.
Judy y el profesor aparecieron minutos más tarde.

—La barrera sigue —dijo Willows.
Un profundo silencio se desplomó sobre el local.
Fuera, en la calle, las farolas se habían encendido, mediante el interruptor automático. También se veían algunos rótulos luminosos, encendidos por el mismo procedimiento.
Había luces, pero Whiteville era una población muerta, pensó Heys, lúgubremente.
¿Cuánto tiempo seguirían en aquella situación? ¿Era que nadie se iba a dar cuenta de que seiscientas personas habían desaparecido misteriosamente? ¿Nadie advertía que toda una población, tranquila y apacible en cierto sentido, pero también activa, permanecía completamente silenciosa, sin que ninguno de sus habitantes hiciera una llamada al exterior ni la recibiera tampoco?
De repente, chasqueó los dedos.
—Debiera habérseme ocurrido antes —dijo.
Mientras los otros le imitaban con gran interés, Heys se levantó y caminó hacia el enorme televisor que había en un rincón de la sala, para distracción de la clientela. Conectó el aparato y se echó a un lado.
—En algún momento —dijo—, emitirán un boletín de noticias. Quizá digan algo sobre la situación en Whiteville y sepamos a qué atenernos.
—Sí, es una buena idea —aprobó Willows.
Judy consultó su reloj de pulsera.
—A las ocho, Jimmy Crearle tiene una emisión titulada *Chismes y rumores*. Es una emisora local y el espacio tiene bastante éxito —dijo.
—Faltan sólo seis minutos —indicó Kitty—. Esperemos.
—Pero el aparato no funciona correctamente —manifestó el profesor.
Heys frunció el ceño. Aunque la pantalla estaba encendida, sólo se divisaban unas rayas horizontales, que aparecían y desaparecían con gran rapidez. En cuanto al sonido, era una sucesión de ruidos alternativamente graves y agudos, pero horriblemente discordantes en cualquier caso.
—Habrá más televisores en la población —dijo el joven—. Voy a ver si encuentro uno que funcione correctamente.
Encontró tres en las casas vecinas. Todos funcionaban de la misma manera. Incluso, si se cambiaba el canal, para buscar otra estación, el aspecto de la pantalla seguía siendo el mismo.
Regresó al bar muy desanimado. Willows faltaba, pero apareció a los pocos momentos, con una radio portátil, que emitía un ruido horrible.
—No consigo sintonizar ninguna estación —dijo.
—Esto me parece muy extraño —se alarmó Kitty.
—Creo que no tiene nada de extraño —contestó—.
La barrera de energía produce terribles interferencias y no podemos

captar la imagen ni el sonido.
—Sí, eso tiene que ser —confirmó Willows.
—¿Hasta cuándo permaneceremos aislados? —se lamentó Kitty.
Judy hizo un gesto con la cabeza.
—Tarde o temprano, tendrán que saber lo que sucede —dijo—. Es cuestión de paciencia. Vendrán, os lo aseguro.
—Quizá se han producido una serie de circunstancias, todas casuales, por supuesto, pero perfectamente encadenadas, y ello ha hecho que nadie, hasta ahora. haya reparado que Whiteville no da señales de vida. Pero la situación, supongo, no puede prolongarse demasiado. Un día, dos tal vez, nunca más —dijo Heys, con acento lleno de confianza—. Entonces, vendrán...
—Y no podrán traspasar la barrera —exclamó Kitty.
—Pero los que están fuera, tienen más medios que nosotros y acabarán por romperla.
Willows se puso en pie.
—Propongo que nos dejemos de especulaciones que no conducen a ninguna parte —dijo serenamente—. Hemos llevado un día muy agitado y nos conviene descansar. Mañana veremos las cosas con más optimismo y encontraremos una solución para este problema. Judy, hay un hotel en Whiteville, supongo,
—Sí, en la misma acera, dos manzanas más abajo.
—Ahora buscaré ropa limpia y una navaja de afeitar en el almacén. —Willows se pasó una mano por la barba y sonrió—. Necesito un cambio en mi apariencia. ¡Buenas noches a todos! —se despidió.
Judy se volvió hacia la muchacha.
—Kitty, tengo una habitación libre en mi casa —ofreció.
—Gracias —aceptó ella en el acto—. Buenas noches, Ronnie.
—Jake, aguarda, voy contigo —exclamó, dirigiéndose al profesor que ya había salido a la calle.

* * *

La noche le pasó a Heys en un santiamén, de tal modo, que le pareció acababa de echarse en la cama cuando se sintió ya despierto.
La ventana de su cuarto estaba abierta y ya se veían las primeras luces del alba. Desde allí, podía divisar el paisaje, los campos cubiertos de verdor, los árboles. Tendrían que: oírse los pájaros, saludando alegremente el nuevo día; el canto de algún gallo, ladridos de un perro… pero no había más que silencio, un silencio abrumador, ominoso, deprimente.
Heys sacudió la cabeza, como si quisiera alejar aquellas tétricas ideas de su mente. Después de un rápido aseo, sé vistió y entonces fue cuando pensó en una posible solución para el problema a que se hallaban enfrentados.

Willows, desnudo de la cintura para arriba, estaba terminando de afeitarse cuando entró el joven en su habitación El profesor suspendió un momento la acción de la navaja y le miró a través del espejo.
—Estoy por apostar a que has encontrado una buena idea —dijo.
—Sí, Jake.
—¿Cuál es la idea, muchacho?
—Dinamita.
Willows continuó rasurándose. Al terminar, se aplicó un poco de loción en la cara. Luego limpió la navaja y se volvió hacia Heys.
—Ahora me siento mejor —sonrió—. La verdad es que en ese almacén se encuentra de todo. Cuando vuelva el dueño, habrá que pagarle los gastos, claro.
Empezó a ponerse una camisa limpia.
—También debe haber dinamita, por supuesto —añadió.
Cuando salían a la calle, oyeron el ruido de una tapa de cacerola que era golpeada con un cucharón.
—¡Hombres, el desayuno está listo! —gritó Judy desde la puerta de su casa.
Willows se volvió hacia el joven.
—Creo que deberíamos llenar el estómago antes de dar un paso más —dijo alegremente.
Cuando llegaban a la casa, Judy fingió sorpresa.
—Ronnie, ¿quién es el tipo que viene contigo? ¿Se ha marchado el profesor?
—Se ha marchado su barba —contestó.
La señora Stone miró críticamente a Willows.
—¿Sabes? Estás muy apetitoso, Jake.
—No me hagas enrojecer, Judy —protestó el aludido—. ¿Qué diría tu marido si te oyese hablar tan desenvueltamente?
—Un marido difunto hace seis años no puede decir nada —suspiró Judy.
—Se iba a casar con otro —recordó Heys.
—Ahora me alegro de que me dejase plantada —declaró la mujer, sinceramente.
—¿Por qué no dejáis las chismorrerías para otro rato? —exclamó Kitty, apareciendo súbitamente en la puerta—. La mesa está ya servida... ¡Caramba, profe! Estás desconocido.
Judy estiró el brazo.
—Cuidado, chica —dijo jovialmente—. Si hemos de vivir como robinsones, Jake será mi hombre.
Willows sé volvió hacia el joven.
—¿A quién se le ocurriría la idea de liberar a las mujeres?
Heys franqueó el umbral.
—Liberadas o no, ese olor de huevos, tocino y café resulta

sumamente confortador. —Al pasar junto a Kitty, se detuvo a su lado y añadió—: Después del desayuno podremos abandonar la población.
—¿De veras? —exclamó la muchacha ansiosamente.
—Sí.
Heys se sentó a la mesa y empezó a atacar su plato de inmediato. Al cabo de unos momentos, dijo:
—En mi plan, sólo hay un inconveniente, aunque no demasiado fuerte.
—¿Cuál es el inconveniente, Ronnie? —preguntó Willows.
—¿Quién manejará la dinamita?
Hubo un momento de silencio. Las dos mujeres miraban con ansiedad al profesor, de quien esperaban una respuesta satisfactoria. Willows tomó un sorbo de café, se limpió los labios y contestó:
—Manejar la dinamita no es tan difícil, aunque sí conviene hacerlo con precauciones. El caso es encontrarla.
—Harold Crane, el dueño del almacén, dijo hace poco que tenía ganas de deshacerse de un par de cajas de dinamita que guardaba en su casa, porque nadie la usaba ya en la población —manifestó Judy.
—Esperemos que no lo consiguiera —deseó Heys, fervientemente.

CAPÍTULO IX

La dinamita estaba, efectivamente, en uno de los sótanos del almacén. Había también mecha y detonadores, y Willows preparó una docena de cartuchos, cantidad que estimó más que suficiente para abrir una brecha en la cúpula de energía. Tras algunas reflexiones, colocaron la carga de demolición al norte de la carretera y a unos cien metros de distancia, en el lado Este, que era por' donde habían llegado Heys y Kitty.
La mecha era lo suficientemente larga para que pudieran buscarse un refugio sólido y seguro. Después de encenderla, Willows se retiró al lugar donde se hallaban sus compañeros, parapetados tras una pequeña pared de mampostería, y a más de trescientos metros del lugar donde había sido colocada la dinamita. Puesto que había mecha suficiente, Willows, que no era un experto, había juzgado conveniente hacer una prueba del tiempo de combustión, hasta encontrar el largo suficiente para que la mecha durase diez minutos.
Con la vista fija en el reloj comprobó el tiempo. De pronto movió la mano.
—Faltan cinco segundos..., cuatro... tres... dos... uno... ¡AHORA!
La explosión hizo retemblar el suelo. Una ola de cálido viento pasó por encima de aquellas cuatro personas. Heys se atrevió a levantarse muy pronto.
En el lugar de la deflagración se alzaba una espesa nube de humo y polvo. Algunas piedras habían caído. Aunque no a distancia suficiente

para temer daños. Heys puso una mano encima del muro y saltó ágilmente al otro lado.
—Bueno, vamos a ver si mi idea ha dado resultado. Caminó unos cuantos pasos. De pronto sintió una mano que le aferraba el brazo.
—No sigas, es inútil —dijo el profesor.
Heys frunció el ceño. El humo ascendía a lo alto en una forma muy peculiar. Siguiendo una trayectoria curva, netamente definida. El joven comprendió inmediatamente lo que sucedía.
—Si la explosión hubiese roto la barrera, el humo saldría verticalmente —dijo consternado.
—Quizá hacia el Este. A juzgar por el movimiento de las ramas de los árboles del otro lado, el viento sopla del Oeste.
Poco a poco, el humo fue estabilizándose en la parte superior, a unos setecientos cincuenta metros del suelo. Pero aunque muy lentamente, se mezclaba con la atmósfera contenida en el interior de la barrera, hasta desaparecer por completo.
Willows meneó la cabeza.
—Eso hace que tengamos que desechar el siguiente procedimiento para llamar la atención —dijo,
—¿Habías ideado otro método?
—Sí. Acumular madera y pegarle fuego. El humo habría sido visto desde muy lejos, máxime si se añaden materiales de difícil combustión. Pero no podemos arriesgamos a vivir en una atmósfera contaminada. Yo llegué a pensar que, en el peor de los casos, los gases traspasarían la barrera.
—Es una barrera absoluta —dijo el joven, desanimadamente—. No permite que nada pase a su través; ni sólidos, ni líquidos...
—Aunque hubiese gente al otro lado, no oirían nuestras voces.
Kitty se acercó.
—No hemos conseguido nada, ¿eh?
—Ya ves —contestó Heys.
—Judy habla de hacer señales con humo —dijo la chica.
—No podemos. Corremos el riesgo de enturbiar la atmósfera —respondió Willows.
—Aparte de consumir un oxígeno que puede resultamos precioso —dijo el joven—. Jake, tú eres matemático, además de astrofísico. ¿Por qué no calculas el volumen de la semiesfera en la que estamos encerrados?
—Sí, tendré que empezar a tomar medidas.
—Personalmente, creo que hay otra solución —intervino Kitty.
Judy se acercaba al grupo. Heys y Willows fijaron la vista en la muchacha.
—Será lento y fatigoso, pero creo que no podemos hacer otra cosa. Y cuanto antes empecemos, mejor —añadió Kitty—. Picos y palas, no

sé si comprenderéis mi idea.
—¡Claro! —dijo Heys—. Puesto que no podemos salir por un sitio a nivel, y mucho menos por arriba, saldremos por debajo.
—Cavar un túnel, como un preso que quiere fugarse de la cárcel —resopló el profesor.
—Jake, ¿qué somos ahora nosotros, sino prisioneros de una cárcel puesta por alguien que no conocemos y por un motivo que desconocemos? —exclamó el joven, con gran vehemencia.
—Sí —murmuró Willows—. La idea de Kitty es buena. Posiblemente, la única aceptable.
—¿Qué me dices del soplete? —terció Judy, súbitamente.
—Podríamos probarlo... y lo haré, porque es nuestra obligación hacer todo género de pruebas, aunque, en confianza, creo que no conseguiremos nada. Pero haremos la prueba... y cavaremos un túnel lo suficientemente profundo para pasar al otro lado sin problemas.
—Además, la dinamita puede ser útil para un sitio en el que sabemos ha de resultar efectiva —dijo Heys.
Willows asintió, Kitty movió una mano:
—Bueno, hombres, al trabajo —exclamó, alegremente.
Retrocedieron de nuevo, dirigiéndose al almacén, que' era su fuente de recursos, según comentó Judy.
—El caso es que no se nos acabe el oxígeno antes de tiempo —dijo el joven.
—Todavía podemos durar bastante tiempo. Así, a ojo, calculo que disponemos de unos sesenta millones de metros cúbicos de aire. Aparte de ello, bajo la cúpula hay plantas y árboles, y la cúpula no interfiere que yo sepa, los rayos solares, puesto que notamos claramente sus efectos sobre nosotros. Por tanto, las plantas continuarán elaborando oxígeno durante los periodos de oscuridad y eliminando así el ácido carbónico que desprendemos en la respiración —contestó Willows. —Habrá para una semana, supongo.
—Sin agobios, puedes estar seguro.
Minutos más tarde, llegaron al almacén. Judy, mujer práctica, dijo que resultaría conveniente preparar cantimploras con agua y hasta un par de sombrillas o un toldo para que los que iban a trabajar pudieran estar a la sombra. Willows, por su parte, se dedicó a buscar otro sombrero que sustituyera al que llevaba ya verdaderamente impresentable.
Heys se encargó de las herramientas, junto con la muchacha. De repente, cuando menos lo esperaban, se oyó un vozarrón en el exterior:
—¡Eh! ¿No hay nadie en este pueblo?
Kitty lanzó un chillido de alegría. Heys dejó caer en el acto los picos y las palas que llevaba en un brazado.

Su primera intención fue lanzarse fuera a todo correr. Pero un oscuro sentimiento de prudencia le hizo buscar el rifle, que cargó en el acto.
La llamada se repitió de nuevo:
—¿Dónde está la gente? Vamos, salgan sin temor; no quiero hacerles ningún daño.
Heys echó a andar, pero se detuvo de pronto. Aquellas frases le hicieron recelar. ¿Por qué habían de sentir temor de quienes venían a rescatarles? ¿Quién era la persona —uno solo, evidentemente, a juzgar por la expresión de sus frases— que no quería hacerles ningún daño?
Willows y Judy acudían a la carrera. Heys extendió el brazo.
—Cuidado —avisó en voz baja—. Quietos, no hagáis nada todavía.
Avanzó hacia la ventana intacta y se situó a un lado.
Luego tendió la vista hacia el exterior.

* * *

El hombre se paseaba por el centro de la calle y, saltaba a la vista, no era un terrestre. Era ya de cierta edad, unos sesenta años, y tenía el cráneo completamente afeitado, a excepción de una fina línea central de cabellos, en sentido longitudinal, desde la frente a la nuca. Los cabellos, fuertes; ásperos, estaban, además, recortados de una forma peculiar, que recordaba mucho la cresta de un gallo terrestre.
La indumentaria del sujeto consistía en una larga túnica de color azul celeste, con rayas verticales de color anaranjado. Pendiente del cuello llevaba un gran medallón de metal dorado. En la mano izquierda, de dedos largos y huesudos, se veía un enorme anillo, con una piedra blancoazulada de dimensiones realmente excepcionales.
—¡Cielos, qué pedrusco! —murmuró Judy, hechizada por la vista de la gema.
—Por última vez —clamó el extraño individuo—. Se que hay gente en este pueblo. Salid, quiero hablar con vosotros.
Heys se plantó de un salto en la puerta y encañonó con el rifle al desconocido.
—¿Quién eres? —preguntó—. Ten cuidado, mi arma puede matarte.
El hombre le dirigió una mirada burlona.
—Si yo hubiera querido, ya estarías muerto —contestó—. Pero no abrigo intenciones hostiles, aunque tengo motivos más que sobrados para sentirme muy enojado.
—Todavía no me has dicho quién eres —insistió el joven.
—Marphlone, supervisor de segundo orden de Comunicaciones Extradimensionales. Mi residencia esta en Bar-il-Groo. ¿Cómo te llamas tú?
—Ronnie —contestó Heys, lacónicamente.
—Muy bien, Ronnie. Dime, ¿estás solo en este pueblo?

—Antes de contestarte, quiero que me digas qué haces aquí y cómo has llegado.
—Hemos tenido noticias de que se han producido ciertas alteraciones en un par de túneles extradimensionales. Es posible que vosotros seáis los causantes de esos estropicios.
—¿Nosotros?
Marphlone sonrió.
—No estás solo. Lo noto en mi detector de organismos inteligentes. —Se tocó el medallón que descansaba sobre su pecho—. También es traductora automática —indicó.
—Muy bien, no estoy solo —admitió el joven—. Pero no somos causantes de ningún estropicio. Todo lo contrario, otros llegaron aquí y saquearon y destrozaron las casas.
—He captado síntomas de una fuerte vibración —dijo Marphlone.
—¡Ah, la dinamita! —sonrió Heys—. Estamos encerrados en el interior de una barrera de energía, que nos impide abandonar este lugar. Simplemente, queríamos salir, aunque no se nos ocurrió pensar que podríamos causar daños... ¿en dónde?
—En los túneles extradimensionales. Hay dos en funcionamiento, aparte del mío, naturalmente.
Heys frunció el ceño.
—Eso significa que podemos viajar a Fart-Ohl y a Rowor —dijo.
—Por ahora me temo que no. Esos dos túneles han sufrido ciertas alteraciones en su estructura y es preciso efectuar algunas correcciones, antes de que se puedan utilizar nuevamente sin daño para las personas.
—¿Vas a arreglar tú esos túneles? —preguntó Willows, apareciendo súbitamente en la puerta del almacén.
Marphlone le miró con interés. Heys dijo:
—Es Jake. Hay dos mujeres también, Kitty y Judy.
Somos los únicos habitantes del pueblo.
Las mujeres se hicieron también visibles. Willows dijo:
—Te he hecho una pregunta, Marphlone.
—Bien... —El sujeto carraspeó—. Realmente, yo no soy un técnico. Sólo me ocupo de averiguar las causas por las cuales un túnel extradimensional funciona incorrectamente. Una vez averiguadas, emito mi informe y los equipos competentes se ocupan de las reparaciones adecuadas.
—Entonces, creo que será conveniente que escuches lo que ha sucedido aquí —dijo Heys.
El joven habló durante un buen rato. Marphlone le escuchaba con gran interés. Cuando Heys hubo terminado la exposición de los hechos, contestó:
—Todo eso constará en mi informe, por supuesto, y esta situación,

desde luego se resolverá satisfactoriamente para todos.
—¿Regresarán los habitantes de Whiteville? —preguntó Judy, ávidamente.
—Por supuesto.
—Los hombres que llegaron aquí, murieron en la batalla, pero sus restos desaparecieron desintegrados —dijo Willows.
—Lógico. Su actuación, aparte de inadecuada, era incorrecta.
—Pero eso no soluciona nuestro problema —alegó Heys—. Estamos aquí encerrados bajo una cúpula que nos impide abandonar la población.
Marphlone meneó la cabeza.
—Temo no poder ayudaros inmediatamente —contestó—. Esa cúpula no ha tenido su origen en mi túnel. —Entonces, cada vez que se utiliza un túnel, es preciso crear antes una cúpula de energía —exclamó Willows.
—Así es. De este modo, el tránsito de un planeta a otro se efectúa sin problemas para el organismo. Pero sólo sucede cuando las coordenadas espaciales están debidamente ajustadas. Un fallo de tan sólo una cienmillonésima de grado, puede causar enormes trastornos. Supongo que los que hicieron funcionar el túnel desde Fart-Ohl no tenían demasiada experiencia en la materia.
—Dijeron que eran exploradores del espacio.
—Eso no es ninguna garantía de exactitud. Pueden ser buenos exploradores y malos montadores de túneles extradimensionales. Por lo que he podido apreciar, tengo la impresión de que el grupo de exploradores estaba mandado por un tipo ansioso de hacer mérito.
—Pudiera ser —refunfuñó Heys—, pero a nosotros nos hizo polvo.
—No entiendo —dijo Marphlone.
—Ha querido decir que nos fastidió —intervino Kitty.
—Lo siento, la culpa no es mía. Repito que debo emitir mi informe y luego tomaré una decisión...
—¿Y hemos de seguir así durante mucho tiempo? —gruñó Heys.
—No demasiado.
—¿Cuánto?
Marphlone hizo un gesto ambiguo.
—Los procedimientos son relativamente lentos. No depende de mí —respondió.
—Es decir, mientras no arreglen el túnel de Fart-Ohl, la cúpula seguirá en el mismo sitio.
—Sí, pero no conviene que sufra vibraciones demasiado intensas, que se propagan a través del espacio y pueden alterar las coordenadas del túnel, y ahora por favor, dispensadme; he de volver a Bar-il-Groo...
—¿Podemos acompañarte? —solicitó Heys.
—Sólo hasta la entrada del túnel, claro.

—No pedimos más. —Heys se volvió hacia Willows y le dijo algo al oído. Willows escuchó atentamente, asintió y corrió hacia el interior del almacén. El joven añadió —Cuando gustes, Marphlone.
El hombre con cresta de pelo se recogió la túnica con gesto afectado y echó a andar. Heys, Kitty y Judy caminaban junto a él. De vez en cuando, Heys se detenía para enseñarle algunas peculiaridades de la población. Marphlone escuchaba con cortés atención, lo que no le impedía hacer de vez en cuando observaciones de cierta mordacidad. Indudablemente, pensó el joven, se sentía infinitamente superior a ellos. Pero no lo era tanto, ya que no se daba cuenta de que Heys le estaba entreteniendo, a fin de que Willows tuviera tiempo de llevar a cabo el plan que había ideado.
Finalmente, llegaron a la parte posterior del Centro Cívico. Willows aguardaba allí, con dos cartuchos de dinamita en una mano y un cigarro encendido en la otra.
—No vamos a permitir que te marches y nos abandones a nuestra suerte —dijo el profesor, tranquilamente.

CAPÍTULO X

Marphlone se sintió asombrado en el primer momento, pero no tardó en enfurecerse.
—¿Cómo te atreves a impedirme el paso, a mí, un supervisor?
—Esto es dinamita y puedo destruir el túnel extradimensional —le interrumpió Willows, sin inmutarse—. Si de verdad eres lo que dices, entonces soluciona nuestro conflicto. No pedimos que nos lleves contigo; sólo queremos que destruyas o desconectes la barrera de energía. Si no lo haces así, te quedarás aquí y correrás nuestra misma suerte,
—Vosotros no tenéis idea de lo que es un supervisor —dijo Marphlone, conteniendo su ira difícilmente—. MI autoridad...
—Tu autoridad es nada en la Tierra —exclamó Heys—. En estos momentos, la única autoridad es la nuestra.
—Decídete, Marphlone —dijo Willows—. Empiezo a cansarme, ¿sabes?
—Puedo destruiros...
—No lo harás tan rápidamente que me impidas prender fuego a la mecha. Aunque nos matases, te quedarías aquí para siempre.
—Está bien. —Marphlone pareció resignarse—. Dejadme que reflexione unos instantes... Habéis dicho que más de seiscientas personas fueron trasladadas a Fart-Ohl.
—Sí, por los hombres del grupo de Kighox —respondió Hays—. Más los animales domésticos que había en el pueblo, sin dejar uno sólo.
—Luego vinieron los piratas de Rowor.

—En efecto. Exterminaron a los hombres de Kighox y nosotros luchamos contra ellos y los matamos a todos. —Extraordinario —murmuró Marphlone—. Nunca había visto nada semejante. Perdón, quise decir oído. Hum, la cosa no se presenta tan fácil como parece.
—¿Por qué?
—Ahora me doy cuenta... No hay una, sino dos esferas de energía, superpuestas, lo que aumenta extraordinariamente su capacidad de resistencia.
—La duplica —dijo Willows.
—No. La potencia se quintuplica, cuando dos esferas actúan simultáneamente y sobre el mismo lugar. Puede decirse entonces que son prácticamente indestructibles.
—Entonces... la dinamita no sirve... Marphlone hizo un gesto negativo.
—Sólo hay una fuerza capaz de eliminar esa barrera —contestó.
Miró a su alrededor y volvió a menear la cabeza.
—En este pueblo no hay suficiente potencia. —Miro al cielo—. Ni siquiera hay indicios de una tormenta.
—Las gotas de lluvia resbalarían.
—Pero un rayo abriría una grieta en la cúpula y ésta, en poco tiempo, perdería su eficacia y se disolvería, por así decirlo, en la atmósfera.
De repente, Marphlone lanzó una exclamación:
—¡Eh, mirad! ¿Qué es aquello?
Todos volvieron la cabeza en el acto. Casi en el mismo instante, Willows se sintió violentamente empujado a un lado.
Kitty gritó. Heys giró en redondo.
Marphlone corría desesperadamente, hacia un círculo negro que había aparecido súbitamente a poca distancia del lugar en que se hallaban. Parecía una pared con un orificio luminoso en el centro.
Heys creyó por un instante que Marphlone iba a estrellarse contra el muro negro, pero bruscamente lo vio disminuir de tamaño con enorme rapidez. Entonces. comprendió que Marphlone escapaba a través del túnel extradimensional que, de alguna manera, había activado mientras los distraía.
En pocos segundos, Marphlone se hizo muy diminuto. Durante un tiempo muy pequeño, se vio su silueta en el disco brillante. Luego, el círculo negro y el disco luminoso desaparecieron de golpe.
Willows se levantó. Furioso por el engaño, quiso lanzar los cartuchos de dinamita, pero Heys se lo impidió con un gesto.
—No conseguirías nada, salvo, quizá, empeorar nuestra situación —dijo.
—¿Va a ser aún peor de lo que ya es? —contestó el profesor, furiosamente.
—Debemos tomar en cuenta las circunstancias en que nos hallamos —contestó Heys, calmosamente—. Aunque nos resulta difícil de creer,

es evidente que nos hallamos en el centro de una pequeña pero complicada pugna de intereses interplanetarios. No sabemos siquiera a qué sistema y menos aún la constelación a que pertenecen Fart-Ohl, Rowor y Bar-il-Groo, pero resulta patente que hay ciertas rivalidades entre los habitantes, o si lo prefieres, entre los gobiernos de dichos planetas. Por las razones que sean, este pequeño trozo de la Tierra ha resultado afectado por ese conflicto y Marphlone no ha querido sacamos del apuro. La única solución, para nosotros, claro está, es destruir la barrera de energía.
—Habíamos hablado de un túnel —le recordó Kitty.
—Sí, y no abandono la idea. Pero tenemos a un hombre como Willows, que por su profesión, entiende de electricidad.
—¿Adónde quieres ir a parar, Ronnie? —preguntó el interpelado.
—Marphlone habló de una tormenta y un rayo. ¿Por qué no provocamos nosotros el rayo?

* * *

Sobrevino una pausa de silencio. Todos miraban a Willows, quien parecía considerar la propuesta con gran atención.
Al cabo de unos instantes, Willows meneó la cabeza.
—No sé... Un rayo encierra un potencial tremendo de energía en kilovatios... La tensión de las líneas que abastecen a Whiteville es de doscientos diez voltios. Puede, en determinadas condiciones, matar a una persona, pero para agrietar la cúpula se necesitaría una descarga de miles de kilovatios. ¿Y dónde obtenemos esa potencia?
—Bueno, aquí la luz llega como a todas partes, por una conducción, subterránea en este caso, para evitar que los postes alteren el paisaje. Pero ¿no hay un transformador en alguna parte? En ese transformador, habrá una línea de llegada de alto voltaje, supongo.
Willows asintió.
—Es posible que tengas razón —dijo—. Con tres mil voltios, se podría hacer un ensayo... Los picos y las palas quedarían como última solución. Pero si no hay transformador...
—Yo sé dónde está —exclamó Judy—. Seguidme, por favor.
Judy echó a andar en dirección Oeste. Minutos más tarde, les enseñaba una pequeña caseta aislada, a un cuarto de kilómetro de la población.
—Es el control de la energía que llega al pueblo.
El transformador, naturalmente, está en el sótano —indicó.
La puerta estaba cerrada, pero Heys rompió la cerradura de un puntapié. Una vez en el interior, vieron el cuadro de mandos y el gran interruptor general, junto con los fusibles. En el centro, se divisaba una trampilla metálica, que Heys levantó en el acto.
Willows descendió por la escalera metálica que conducía al interior del

cuarto subterráneo en que se hallaba el transformador. Un tenue zumbido apenas perceptible le indicó que el flujo de corriente se producía sin interrupción.
—El voltaje es de tres mil —dijo—. Ahora es preciso encontrar el material adecuado. Mientras Judy y yo volvemos al almacén, Ronnie y Kitty tomarán la medida de la distancia que hay de la caseta a la barrera.
—De acuerdo —contestó el joven.
En el punto de llegada de la línea subterránea de alta tensión, había intercalado otro interruptor. De este modo, se podía reparar una posible avería en el transformador, cortando la corriente. Y ello, pensó el joven, permitiría a Willows hacer los empalmes suficientes para provocar la salvadora descarga eléctrica.
Para calcular la distancia, empezó a lanzar piedras hasta que vio que una de ellas se detenía por aquella barrera invisible. Caminó unos pasos y lanzó otra piedra, pero con mucha suavidad, a fin de evitar el rebote y que cayera al suelo, marcando exactamente el punto en que se hallaba aquel obstáculo insalvable. Luego empezó a medir la distancia, contando los pasos.
—Unos noventa metros —dijo momentos después. Kitty le puso una mano en el hombro.
—Ronnie, ¿qué nos sucede? —preguntó, repentinamente afligida—. ¿Por qué no viene nadie a socorrernos? Nadie da señales de vida... Yo sé que esta carretera era bastante transitada. El tráfico era fluido, por supuesto, pero han pasado ya más de veinticuatro horas y no se ha formado ningún embotellamiento.
Señaló con la mano la carretera, que pasaba a unos ciento cincuenta metros del lugar en que se hallaban, alejándose sinuosamente en dirección Oeste.
—No se ve un solo vehículo —continuó—. Tendría que haber cientos de ellos atascados ahí... Los helimóviles de la policía y el ejército tendrían que estar volando sobre nuestras cabezas... y estamos solos, terriblemente solos...
Heys atrajo a la muchacha hacia sí y le acarició el cabello tiernamente.
—Saldremos adelante —aseguró—. Sin querer, Marphlone nos ha dado la solución. No te desanimes, preciosa.
—Esto es peor que estar en una isla desierta —se lamentó la muchacha—. Por lo menos, en una isla desierta sabes que no puedes esperar un socorro inmediato. Pero aquí hay miles, millones de personas en pocos cientos de millas a la redonda…y no viene nadie...
—Por lo menos, vienen el profesor y Judy —dijo. Kitty se separó del joven. Una furgoneta de plataforma descubierta llegaba en aquellos instantes. Al detenerse el vehículo, sus dos ocupantes se apearon en

el acto.
—He traído todos los materiales —anunció Willows—. Ronnie, ¿cuál es la distancia?
—Unos noventa metros. He tenido que contarlos por pasos...
—Traigo más de cien metros de cable; será suficiente. ¿Quieres ayudarme? Las mujeres se quedarán fuera, vigilando.
—De acuerdo.
Los trabajos se iniciaron en el acto. Heys se sentía un tanto aprensivo al pensar que se hallaba en la vecindad de un cable que conducía corriente con una tensión de tres mil voltios, pero le tranquilizó ver la seguridad con que actuaba el profesor.
La tarea duró un buen rato. Willows dijo al fin que ya estaba todo listo.
—Ahora sólo falta situar junto a la barrera, los extremos del cable, sin el aislante, claro —dijo.
—Jake, en cierto modo, la barrera es sólida —manifestó el joven—. Yo creo que deberías situar los extremos del cable a un par de metros del suelo, sujetándolos con cinta aislante.
—Sí, está bien pensado.
En aquel momento, Judy les llamó para que tomasen un bocadillo. La cerveza y la carne fría repusieron las energías consumidas. El breve descanso les sentó bien a todos, incluso relajó los nervios, demasiado tirantes.
Una hora más tarde, todo estaba listo. Ya sólo faltaba hacer la conexión mediante el interruptor intercalado. Cuando Willows se disponía a descender al subterráneo, Heys lo agarró por un brazo.
—Aguarda un momento, Jake.
Willows le miró con ojos inquisitivos.
—¿Sí, Ronnie?
—Mira, yo no entiendo nada de electricidad —dijo el joven—. Sólo sé que si aprieto un interruptor, se enciende o se apaga la luz, o el televisor..., pero ahora no sabemos con qué clase de energía tenemos que habérnoslas. Indudablemente, tiene una base común, la electricidad..., pero quizá el generador es muy diferente a los que conocemos. Cuando conectes el interruptor la línea de alta tensión y la cúpula estarán en contacto. ¿Qué sucederá entonces? Puede que haya un trasvase de energía de la línea terrestre a la cúpula, pero ¿y si sucede al contrario?
Willows se acarició el mentón.
—Es posible que tengas razón —dijo—. Todavía hoy, en pleno siglo XXI, la electricidad es una fuerza aún no bien conocida del todo. Tendría que idear algún mecanismo que accionase el interruptor sin necesidad de hacerlo yo personalmente.
—Una piedra y cordel, por ejemplo... El cordel cuanto más largo, mejor.

Willows se echó a reír.
—¿Qué haríamos sin ese almacén? —exclamó—. ¿Recuerdas la historia de Robinsón y el baúl lleno de herramientas que la marea llevó a la playa, cuando más apurado estaba?
—Sí, ese almacén es nuestro baúl salvador —convino el joven, riendo también.
La nueva operación les demoró casi otra hora. Al fin, una gran losa de cemento, arrancada de un muro en construcción, quedó a medio metro del interruptor sostenida por un palo, al que se había atado uno de los extremos del cordel traído desde el almacén.
La cuerda tenía un cuarto de kilómetro de largo y se habían necesitado algunos empalmes, para darle la deseada longitud que les permitiera sentirse seguros. Situados al resguardo de una pared, Willows empuñaba el extremo del cordel, tensado lo justo para no tener que hacer un esfuerzo excesivo.
—Bien —dijo de pronto—, creo que ha llegado... la hora de la verdad.
Dio dos vueltas al cordel en turno a su mano y tiró con fuerza. El palo cayó, la losa perdió su sustentación y se desplomó sobre el interruptor.

CAPÍTULO XI

En el punto donde el cable estaba adherido a la barrera se produjo de repente una vivísima llamarada blanco azulada. La chispa, esférica, de más de tres metros de diámetro, recorrió el cable en toda su longitud, con una velocidad imposible de seguir con la vista, y desapareció en el interior de la casa.
Bruscamente, el edificio saltó por los aires, con una terrorífica explosión, que proyectó escombros a gran distancia. Al mismo tiempo, se veían en la atmósfera largas serpientes chisporroteantes, que despedían un estridor inaguantable.
Pasmados de asombro, vieron aquellas chispas que recorrían toda la superficie de la cúpula, zigzagueando con deslumbrantes resplandores. De vez en cuando se producían vivísimos fogonazos, explosiones de luz que herían las retinas cruelmente, a la vez que los chasquidos atormentaban insufriblemente los tímpanos.
El fenómeno, sin embargo, no tuvo una duración excesiva. Un minuto más tarde, todo había concluido.
En la atmósfera había un olor penetrante, de origen inconfundible.
—Ozono —dijo Willows—. Se pasará pronto.
Heys asomó temerosamente la cabeza. En el lugar donde habían estado la casa de control y el transformador, sólo quedaba un hoyo negruzco, de treinta metros de diámetro, por doce o quince de profundidad.

—Ronnie, si no llega a ser por ti, ahora estaría yo allá abajo, bien asadito —dijo el profesor.
—Pero ¿qué ha pasado aquí? —exclamó Kitty, todavía muy asustada.
—Ha pasado, sencillamente, que hemos recibido más que hemos dado —contestó Willows.
—El caso es que la barrera está destruida —dijo Judy—. Y eso es lo que nos importa.
—¿De veras? —Heys señaló la mano hacia arriba. Había un poco de humo detenido a unos setecientos cincuenta metros del suelo—. Ha resistido.
—Entonces, no hemos conseguido nada —dijo Kitty, muy desanimada.
—Yo creo que sí, que hemos conseguido algo. La muchacha se volvió hacia Heys.
—Si la barrera sigue intacta...
—Pero buena parte de la energía recibida habrá sido conducida por el cable general a la subestación que produce la corriente que alimenta las líneas del pueblo. Allí habrán visto que pasa algo raro y acudirán a investigar.
—Eso si es muy posible —convino Willows—. De todos modos, convendría hacer pruebas, como las que hemos hecho ya, para ver si en alguna parte se ha producido una solución de continuidad en la barrera. Seguiremos el mismo plan que en la ocasión anterior y nos reuniremos luego en el bar.
—De acuerdo —dijo Heys.
Kitty echó a andar a su lado. Heys observó bien pronto que el cable utilizado había desaparecido, volatilizado por aquella esfera de luz que había destruido las instalaciones. Lo único que quedaba del cable era una línea negra en el suelo. La hierba aparecía quemada en una anchura de unos doce o quince centímetros.
Un poco más adelante, agarró una piedra y la lanzó hacia adelante.
Casi en el acto, la piedra se convirtió en una restallante masa de luz blanquísima, cuyo resplandor duró escasamente un segundo. Luego, desapareció, convertida en un polvillo negro que descendió al suelo con gran lentitud.
—Oh, no, no —exclamó Heys, abrumado por lo que acababa de presenciar—. No sólo no hemos destruido la barrera, sino que su potencia se ha centuplicado.

* * *

Tristes, deprimidos, regresaron al bar. Willows y Judy volvían por el lado opuesto de la ciudad.
—La barrera sigue y más activa que nunca —dijo el profesor sombríamente.

—Hemos alimentado a la fiera —murmuró Heys.
—Lo mejor será que comamos algo —propuso Judy.
—Yo no tengo apetito —declaró Kitty.
—Muchacha, con la tripa vacía no se va a ninguna parte. Anda, ven conmigo. Trata de recobrar el ánimo; esto no puede durar eternamente.
—Pero no viene nadie...
—Un día u otro vendrán. ¿No es cierto, Jake?
—Eso espero —contestó el aludido.
Willows empezó a cargar su pipa.
—Sólo nos queda el recurso del pico y la pala —añadió.
—Sí, pero ¿a qué profundidad llega la barrera? ¿Queda a ras del suelo o se hunde en éste, hasta una distancia que no somos capaces de calcular?
—Si no hacemos una prueba, no lo sabremos nunca, Ronnie.
—De todos modos, queda la duda de la conductibilidad del suelo, puesto que parece que la barrera se apoya directamente en la tierra. ¿Y si empezamos a cavar y nos alcanza alguna descarga?
Willows meditó unos instantes.
—Mañana haremos una prueba —dijo al cabo. Hay madera en abundancia. Podemos conseguir una pértiga de cierta longitud... ¿A qué distancia has lanzado tú la piedra que ha sido desintegrada?
—Yo diría que a unos cuatro metros —contestó el joven.
—Esa distancia, desde luego es segura o no lo estarías contando. Pienso que la profundidad alcanzará análogas cifras. Por tanto, el túnel tendría unos ocho metros de longitud en horizontal, a los que es preciso añadir cuatro por cada pozo de acceso.
—Dieciséis metros en total.
—Sí, y la anchura ha de ser de metro y medio, por lo menos, a fin de podernos mover con holgura. Pongamos dos metros de sección para mayor seguridad. Significa unos tres metros cúbicos por metro lineal. Lo que da un total de cuarenta y ocho metros cúbicos de tierra que es preciso excavar.
—Lo difícil será cuando lleguemos al otro lado. Habrá que cavar hacia arriba y tal vez apuntalar.
—Depende de la consistencia del terreno. Si encontramos roca, usaremos la dinamita, o simplemente si el subsuelo resulta demasiado duro. Pero, como ayer, el día ha resultado un poco movidito y, puesto que nadie viene ni hay señales de que vayan a venir, opino que debemos tomárnoslo con un poco de calma. Kitty. Judy, Ronnie, ¿os espera alguien? ¿Algún conocido, pariente etcétera?
—No —respondió el joven.
—A mí, tía Sara... pero como venía sin anunciarla, para darle una sorpresa y, además, está en Fart-Ohl. —dijo Kitty.

—¿No tienes familia? —preguntó Heys.
—Mis padres murieron cuando yo era muy pequeña. Tía Kitty me recogió y me crió como si fuese su hija.
—¿Judy? —preguntó Willows.
—Tengo dos hermanos, pero están en el otro extremo del país —contestó la interpelada—. Hubieran venido si mis planes matrimoniales se hubiesen llevado a cabo, pero como fracasé...
Willows miró críticamente a Judy.
—La verdad, eres una viuda verdaderamente apetecible —dijo.
—¡Caramba, vaya profesor que resultas! —se escandalizó Judy.
—Mis conocimientos científicos no tienen que ver nada con mi comportamiento como ser humano —respondió Willows, desenvueltamente—. Está bien, nadie nos espera, no esperamos a nadie, de modo que vamos a ver si esta vez hacemos las cosas bien. Por cierto, ¿qué hay para cenar?
Judy se levantó.
—Kitty, vamos, a la cocina. Heys se incorporó también.
—Voy a dar la luz —anunció.
Se acercó a la pared y ya tocaba el interruptor cuando Willows le paró en seco.
—¡Quieto!
Heys se detuvo en el acto, lo mismo que las dos mujeres.
—¿Qué pasa? —preguntó él.
—Espera. No toques aún ningún interruptor. —Willows miró hacia el exterior—. Es raro, tendrían que haberse encendido ya las luces del alumbrado público. —Hemos hecho polvo el transformador, así que lo más probable es que no tengamos corriente.
—Lo peor no es la luz; habrá velas en el almacén —dijo Kitty—. Pero pienso en el frigorífico...
—Si no se abusa en abrir las puertas, la temperatura interior durará algunos días; con dos será más que suficiente. En todo caso, hay latas de conservas —manifestó el profesor, a la vez que, armado de una silla, se acercaba a uno de los interruptores.
Una de las patas de la silla se situó sobre el interruptor. Willows hizo presión. Sonó un terrible chasquido.
Fuertes chispazos brotaron de aquel punto. Las luces se encendieron un instante para apagarse casi en el acto, dando la sensación de que se producían pequeñas explosiones. Olor a goma quemada se expandió inmediatamente por la atmósfera.
—Energía residual, pero suficiente para matar a una persona —dijo Willows, a la vez que contemplaba la pata de la silla, completamente chamuscada.
Heys se encaminó hacia la puerta.
—Voy a buscar velas al almacén —anunció.

—Desconectaré el frigorífico antes de que las mujeres abran las puertas —dijo Willows—. Debemos evitar cualquier riesgo.
La cena, contra lo que había creído Heys, resultó bastante animada. Ahora tenían cierta esperanza. La cúpula de energía continuaba incólume, reforzada, pero creían saber cómo vencerla.

* * *

Por la mañana, muy temprano, Willows despertó al oír ruidos en la calle. Se asomó a la ventana y vio a Heys entregado a una singular tarea.
—¿Qué haces, Ronnie? —preguntó.
—Nos habíamos olvidado del soplete —respondió el joven. Estoy montándolo sobre una carretilla de mano. Pondré dos palos largos en las empuñaduras y de este modo podremos acercarlo sin riesgos.
—A veces, no basta ser un buen astrofísica para tener ideas prácticas —sonrió el profesor.
Kitty asomó en aquel momento en la puerta de la casa de Judy, con una tapadera y un cucharón en las manos.
—¡Vengan pronto o lo echaremos a los puercos! —gritó, entre golpe y golpe.
Después del desayuno, terminaron de acomodar la carretilla. Luego se encaminaron hacia la barrera, en dirección Oeste. Los palos añadidos a las empuñaduras de la carretilla tenían tres metros de largo. Heys la empujaba, mientras los otros llevaban los picos y las palas.
Al llegar a las inmediaciones de la barrera, Willows encendió el soplete, que había sido asegurado adecuadamente a la carretilla. Heys avanzó poco a poco. Willows, a su lado, le aconsejaba sobre los movimientos que debía realizar.
De pronto, vieron que la llama se extendía en círculo. —Ya hemos alcanzado la barrera —dijo el profesor—. Un poco más, Ronnie.
La boca del soplete quedó a un metro. La llama, que podía alcanzar el doble de dicha distancia, perdía su trayectoria casi recta para transformarse en un penacho circular, de llamas blanco azuladas, que indicaba claramente el encuentro con aquella barrera de origen desconocido.
Heys mantuvo el soplete en ignición durante un cuarto de hora. Al cabo de ese tiempo, Willows le hizo una señal. El joven se retiró y apagó el soplete.
En la barrera no había la menor señal de un orificio. —Quizá es que no lo vemos —apuntó Heys.
Willows meneó la cabeza.
—Si el fuego hubiese abierto una brecha, sentiríamos perfectamente la corriente de aire —dijo—. No, es otra solución que debemos abandonar.

Para comprobar su teoría, lanzó una piedra al lugar donde había sido aplicada la llama. La piedra se desintegró, después de un tremendo chispazo.
Heys quitó los palos y los empalmó con cinta aislante. Luego, paso a paso, se acercó a la barrera. La pértiga así formada, alcanzaba una longitud de más de cinco metros.
El extremo de la pértiga empezó a arder muy pronto.
Willows calculó la distancia.
—Iniciaremos la excavación a seis metros, para mayor seguridad —decidió—. Esto alargará más el tiempo de trabajo, pero como acordamos ayer, no es prisa lo que tenemos.
—La verdad, esto sí ha sido para nosotros un poco como el último día del universo —comentó Kitty.
—Pronto llegará el primer día de nuestra libertad —aseguró Heys.
Al finalizar la jornada, habían excavado casi tres metros de profundidad. Una vez acordado el final de la tarea, emprendieron el regreso al pueblo. Heys buscó ropas limpias en el almacén y luego se encaminó al hotel, a fin de darse un buen baño.
El optimismo había vuelto a los que se denominaban a sí mismos náufragos en su propio planeta. Willows calculó que, como máximo, en dos semanas, habrían pasado al otro lado de la barrera.
—Y entonces tendremos que enfrentarnos con el problema de explicar lo sucedido —concluyó.
—¿Quién nos va a creer esta historia tan fantástica? —dijo la muchacha.
—No se trata de que nos crean o no. Cuando vengan, verán el pueblo deshabitado. Esa será la mejor prueba de que todo lo que digamos será la verdad —manifestó Judy.
Pero a Heys había otra cosa que le preocupaba más todavía.
—¿Por qué no ha venido nadie en todos estos días? Era un enigma que, de momento, no tenía solución.

CAPÍTULO XII

—¡Qué bien canta! —murmuró Heys.
En el tejado de la casa se arrullaban dos palomas.
Se oyeron los aleteantes chasquidos de una bandada que revoloteaba por encima de la población.
—¡Qué paz, qué tranquilidad!
Dos gorriones pasaron velozmente junto a la ventana, persiguiéndose con alegres chillidos. Un tercero se posó en el alféizar y empezó a piar jubilosamente.
Entonces, de modo súbito, Heys recobró la total consciencia y se arrojó de la cama.

—¡Dios mío! —exclamó—. Hay pájaros, palomas... Y eso significa...
El cielo, incluso, parecía más azul, más límpido. Una pequeña bandada de pájaros llegó y se ocultó en el ramaje de un enorme roble situado frente al hotel.
Después de unos segundos de jubilosa contemplación, corrió hacia el dormitorio de Willows y golpeó la puerta.
—¡Abre, profesor! —gritó—. La barrera ha desaparecido. Ya vuelan los pájaros sobre el pueblo... ¡Despierta, perezoso!
Inmediatamente, regresó a su habitación y empezó él vestirse. Pasó un peine por los revueltos cabellos y descendió a la planta baja.
—Esto es maravilloso —dijo, sintiéndose volver a la vida.
De repente, sintió que sus ojos se le salían de las órbitas.
Surgiendo del otro lado del Centro Cívico, avanzaba un extraño vehículo, de forma lenticular, con cúpula transparente semiesférica. El artefacto se movía lentamente, suspendido a un palmo del suelo. En el interior del habitáculo se veía una figura humana.
Willows llegó en aquel momento.
—Viene alguien —dijo Heys—. Hay que preparar los rifles.
—Las mujeres —recordó Willows de pronto—. Daré la vuelta e iré por retaguardia para avisarlas...
—Espera —exclamó el joven—. Mira, Jake.
El vehículo Se había detenido. La cúpula volteó a un lado. El piloto se puso en pie y descendió al suelo por una escalera que había en uno de los costados del aparato.
Aquel hombre avanzó unos cuantos pasos y se detuvo, con la mano levantada.
—Soy amigo —dijo con voz clara y fuerte—. Paz, amigos.
Heys se acercó al individuo.
—¿Quién eres? —preguntó.
—Mi nombre es Bruddular, Supervisor Principal de Primera Clase de Medios de Comunicación Extradimensionales. He tenido noticias de que en este planeta se había producido una grave perturbación y he venido a reparar los daños causados por unos imprudentes —declaró el hombre.
Vestía de la misma forma que Marphlone, pero su túnica era enteramente dorada y la cresta de cabellos era algo más larga. Heys calculó que el sujeto tendría unos cincuenta y cinco años de edad. Le pareció que era de mejor carácter que Marphlone.
—Estábamos encerrados por una cúpula de energía...
—Ya la he disuelto —contestó Bruddular.
Kitty y Judy aparecieron en aquel momento en la puerta de la casa. Heys agitó una mano.
—Venid, nuestras tribulaciones han llegado a su fin —exclamó.
—De eso puedes estar seguro —dijo Bruddular.

* * *

—Todo se debió a una imprudencia del grupo de exploradores de Kighox —dijo Bruddular algo más tarde mientras desayunaban en el bar—. Por supuesto algo de culpa tenéis vosotros, pero no se os puede reprochar nada, porque os enfrentabais con fuerzas desconocidas. El delito principal, puesto que delito es, fue de Kighox, ansioso de conseguir méritos. No tenía por qué haber venido a este planeta, situado fuera del sector galáctico en que está autorizado para operar.
—¡Ah, todavía vive! —adivinó Heys.
—Sí, pero desposeído de todos sus honores y degradado para siempre. Vulneró nuestras leyes y ello merece un castigo ejemplar.
—Deberías castigar también a Marphlone —refunfuñó Willows—. Pudo habernos ayudado y no quiso.
—Los actos de Marphlone serán sometidos a investigación. Seguramente no quiso complicarse la vida, reparando una situación provocada por otros. Pero eso da la medida de la talla que debe alcanzar un Supervisor. Desgraciadamente, Marphlone no ha respondido a las esperanzas que se depositaron en él.
—Huyó cobardemente —dijo Kitty muy excitada—, Incluso tuvo la desfachatez de amenazarnos
—Y se quejó de que empleáramos explosivos para romper la barrera —intervino Judy.
—No durará mucho en el cargo —aseguró Bruddular—. En cuanto a vosotros, podéis consideraras como plenamente libres.
Willows alzó una mano.
—Gracias, pero antes de que te marches, nos gustaría saber algunas cosas que no acabamos de entender —solicitó.
—Muy bien, habla —accedió Bruddular.
—Hemos pasado aquí varios días. Nadie ha venido. Nadie ha dado señales de vida. Esto resulta inconcebible para nosotros. ¿Por qué ha sucedido todo esto?
—Verás... —Como los demás extraños, Bruddular hablaba a través de su traductora automática—. En realidad, al quedaros bajo la cúpula vivíais en otra dimensión temporal. Lo que para vosotros han sido cuatro o cinco días, para los que están fuera de la cúpula, eran sólo algunos minutos.
—Entonces, vivíamos en un tiempo acelerado...
—Sí.
—Y eso, ¿tendrá efectos sobre nuestro organismo? —preguntó Heys, aprensivo.
—Quizá, de haber permanecido más tiempo... un año o dos, pero no ha sido así. No habrá efectos secundarios —aseguró Bruddular.

—Supongo que tú habrás detectado la perturbación con aparatos de los que no tenemos la menor idea —dijo Willows—. Pero ¿has usado también un túnel extradimensional?
—No. Yo he llegado en una astronave, cuya velocidad resulta inconcebible para vuestras mentes, y con ello no quiero ofenderos. Tengo también aparatos especiales y ello me ha permitido disolver la cúpula de energía.
Hizo una corta pausa y añadió:
—Aún pasarán muchísimos años antes de que nuestros respectivos mundos entren en contacto. Cada planeta, cada civilización, se realizan y progresan en unos estadios, unas etapas que no es posible salvar, sin terribles quebrantos. Aquí ha estado a punto de suceder algo por el estilo, pero, por fortuna, he llegado a tiempo para enderezar lo que estaba torcido.
—No lo dirás por el pueblo —exclamó Judy amargamente—. Está destrozado, saqueado... Todos sus habitantes fueron deportados...
—Kighox quería realizar estudios sobre vuestras costumbres. Pero oyó a alguien que anunciaba el fin de este mundo y se lo creyó.
—Era un estafador —rezongó Heys.
—El jefe de una banda de ladrones —añadió Kitty vehementemente.
—Ese es un problema que voy a resolver también —dijo Bruddular.
—Me gustaría saber cómo —manifestó Willows.
—¿Tienes alguna varita mágica? —preguntó Judy, sarcástica.
—¿Qué es una varita mágica? —quiso saber Bruddular.
—Bueno, un palito con el que tocas una cosa y la conviertes en lo que desees... ¡Zas!, esto es una casa en ruinas y ahora vuelve a estar como nuevo. ¡Zas!, aquí había un banco saqueado y ahora tiene todo el dinero...
Bruddular se echó a reír.
—En cierto modo, tengo la varita mágica —dijo. Se puso en pie y añadió:
—En realidad, ya ha empezado a funcionar, pero ahora completaré la operación. Seguidme, por favor.
Fascinados por el porte y los ademanes de aquel individuo, los terrestres caminaron tras él. Ahora ya no sentían el menor temor. Sabían que su pesadilla estaba a punto de terminar.
Bruddular se detuvo junto a su aparato.
—Mi nave principal está arriba, en el espacio, indetectable en absoluto —declaró—. Esta es una nave auxiliar, pero con características especiales. Puede viajar a través del tiempo, adelante y atrás, según convenga.
—Un cronomóvil —dijo Heys, pasmado.
—En efecto, así es. Entrad —invitó Bruddular persuasivamente—. Os voy a conducir a un tiempo situado poco antes de la disparatada

intervención de Kighox, la cual, por supuesto, ya no se producirá.
Heys levantó una mano.
—¿Sí? —dijo Bruddular.
—¿Nos puedes llevamos a un momento situado, digamos dos horas antes?
—¿Por qué?
Heys se lo explicó. Bruddular se mostró enteramente de acuerdo.
—También vuestros delincuentes se merecen un castigo —dijo sonriendo.

* * *

Con el báculo en la mano izquierda, haciendo violentos ademanes con la derecha, Hurt Davis, el profeta, se paseaba por el centro de la población.
—¡Orad, hermanos, orad! ¡El último día del universo está a punto de llegar! ¡Pronto, pronto veréis las luces rojas que anuncian el fin inminente de este mundo de podredumbre y maldad! ¡Rezad, hermanos, porque... el... último... día de... de...!
La voz de Davis se había hecho insegura repentinamente. Detenido en el centro de la calle, contemplaba la doble hilera de sujetos que avanzaban con aire abatido, escoltados por numerosos policías de uniforme.
Davis se preguntó qué era lo que había podido salir mal. ¿Cómo habían sido sorprendidos sus hombres, si el plan, estudiado hasta el más mínimo detalle, se había realizado con absoluta perfección?
Lleno de pánico, dio media vuelta para huir por el lado opuesto, pero entonces vio avanzar más policías. Abrumado, desistió de su apenas iniciado intento de escapatoria. El báculo, la peluca y la barba cayeron al suelo.
Judy contemplaba la escena desde la puerta de su casa. Sonreía satisfecha.
El zumbido del videófono la hizo dar media vuelta y entrar. Conectó el aparato.
—¡Hombre, eres tú! —exclamó, al reconocer al sujeto que aparecía en la pantalla.
—Escucha, Judy, he conseguido que mi esposa acceda al divorcio —dijo el hombre—. Hoy mismo iré a Whiteville y prepararemos todo para la boda.
—Muchacho, creo que te equivocas —respondió Judy desdeñosamente—. No te molestes en venir; ya tengo otro pretendiente.
—Pero...
—Adiós, imbécil.
Judy cortó la comunicación y salió de nuevo a la calle. Los prisioneros

eran conducidos a la cárcel. Ella sonrió, mientras echaba a andar hacia la salida del pueblo.

* * *

—Esas truchas huelen muy bien —dijo Heys.
—Siéntate —invitó Willows—. Estarán listas dentro de cinco minutos.
Se pasó una mano por la cara.
—Lo único que me fastidia de este retroceso en el tiempo es que la barba ha quedado como estaba —añadió.
Heys se echó a reír.
—Ha sido algo fantástico —dijo.
Un coche se paró de pronto en el borde de la carretera. Kitty se apeó y agitó la mano.
—¿Sobra un poco de comida para mí? —gritó alegremente.
—Ven a comprobarlo —invitó Heys.
La chica descendió corriendo por la herbosa pendiente.
—Hola, amigos —saludó—. Volvemos a estar donde estábamos, ¿eh?
—Sí, pero ahora no vendrá un tipo llamado Kighox a meter la pata —contestó el joven.
Kitty miró hacia el pueblo, que parecía en plena actividad.
—Y ellos ¿recordarán lo sucedido? —murmuró.
—No. A ellos ni siquiera les ha ocurrido nada. Bruddular supo arreglar todo en debida forma. De este mudo, evita muchos traumas. Simplemente, ha separado nuestras coordenadas espaciotemporales —dijo Heys.
—Y tú pediste dos horas de tiempo...
—Para avisar a la policía y que sorprendieran a Hurt Davis y a sus compinches, con todos sus aparatos de luminotecnia, efectos especiales... y hasta un gas tenuemente narcótico, que influenciaría las mentes de los vecinos de Whiteville, para congregarlos en el Centro Cívico, mientras ellos desvalijaban la ciudad.
—Pero, no habiendo cometido delito, no se les puede acusar —alegó Kitty.
—Alguno confesará. Se les acusará de conspiración para robar. La cosa se hará pública. En lo sucesivo, otros pueblos mirarán con recelo a ciertos profetas.
De pronto, se oyó un grito en lo alto del terraplén.
—¡Hola, chicos!
Era Judy. Willows se puso en pie.
—Ven, preciosa —llamó.
Kitty y Heys cambiaron una mirada.
—Tenemos que profundizar en el conocimiento mutuo —dijo él.
—Es una buena idea —aprobó la muchacha. Willows y Judy se acercaron, con las manos unidas.

—Me parece que voy a pedir en matrimonio a esta hermosa dama —dijo el profesor jovialmente.
—La dama dice que sí, claro —rió Judy.
—¡Cuidado! —chilló Kitty—. ¡Se queman las truchas!
Apartó la sartén del fuego. El olor a quemado resultaba insoportable.
Willows agarró la caña.
—Tendré que pescar para otra sartén —dijo—. ¿Vamos, Judy?
—Sí, Jake.
Heys y la muchacha quedaron a solas. Ella parecía muy pensativa.
—Ronnie... —murmuró.
—Dime, querida.
—Esto... lo que nos ha sucedido, ¿ha sido un sueño?
—Así lo parece, pero, a pesar de ser fantástico, fue absolutamente real.
Ella asintió pensativamente.
—Fue real, pero hubo momentos en que pasé mucho miedo —dijo.
—Sí, Ronnie. Oye, hemos entrado en contacto con seres extraterrestres, cuya civilización resulta incomprensible para nosotros precisamente por lo avanzada que es. Esos seres...
—Son también humanos y, por tanto sujetos a errores y debilidades, lo mismo que nosotros.
—No volveremos a verlos más.
—No conviene, querida. Con una vez, hemos tenido más que suficiente.
Kitty sonrió.
—Sí, creo que tienes razón. Oye, se me está ocurriendo una idea...
—¿Interesante?
—La gente no creerá lo que ha pasado, si se lo contamos. Pero hay una forma de que lo sepa. Escribe un relato como si fuese una obra de fantasía...
—¿Ciencia ficción?
—Sí.
—¡Hum! Si la publicase con mi verdadero nombre podría perjudicar mi reputación como profesor de Historia.
—Usa un seudónimo, hombre. Así nadie se enterará de que la obra está escrita por Ronnie Heys.
—Un seudónimo... Sí, es una buena idea.
—¿Cuál emplearás, Ronnie?
Heys sonrió:
—Clark Carrados —contestó.

FIN